

Revista de **FOLKLORE**

N.º 229



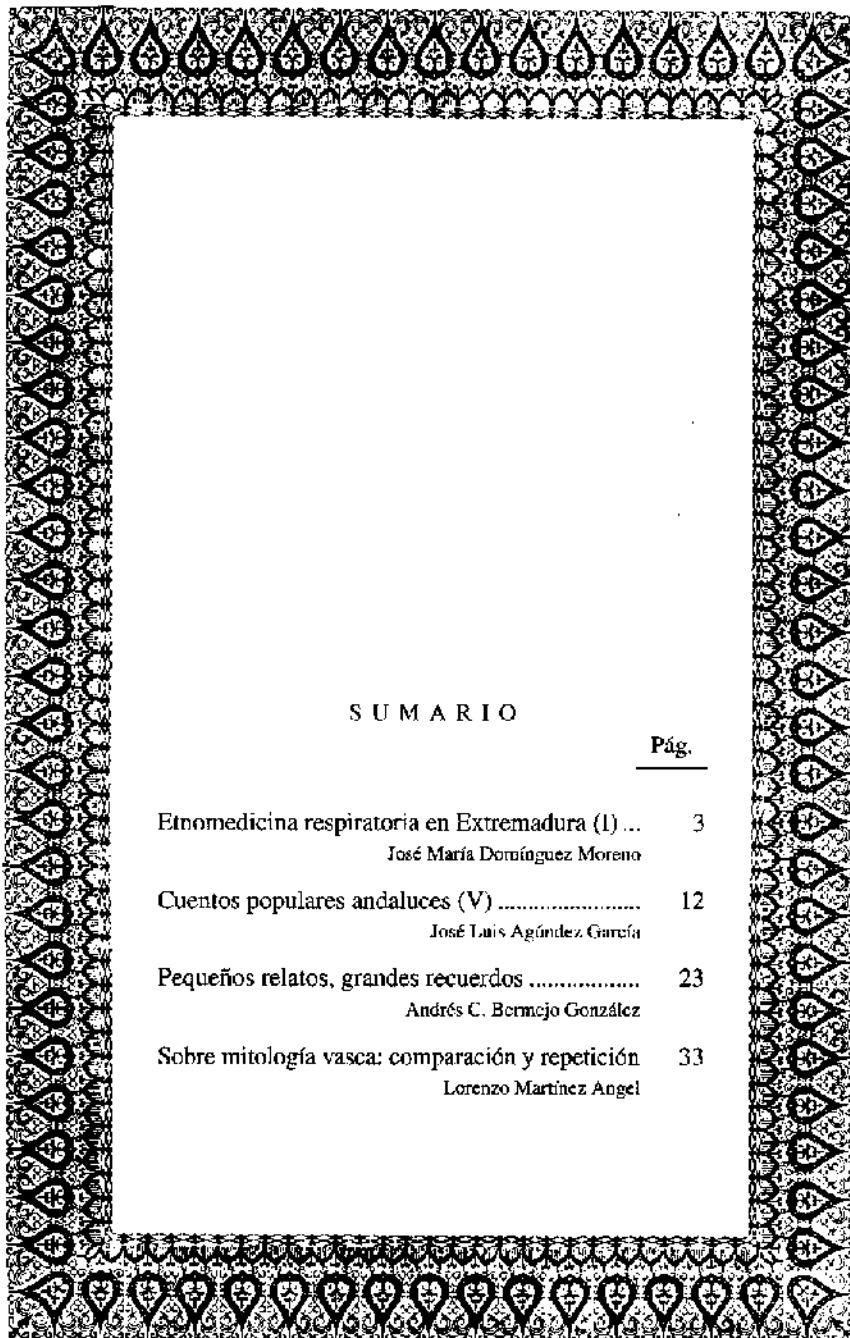
Mujer de Ciudad Real

José Luis Agúndez García ■ Andrés C. Bermejo
González ■ José María Domínguez Moreno
Lorenzo Martínez Angel

Editorial

El año 2000 va a coincidir con el vigésimo aniversario de esta revista. Cada mes, desde el año 1980, hemos tratado de aproximar al lector al conocimiento plural de la Tradición. Hoy conviene traer aquí el recuerdo agradecido para todos aquellos que confiaron en una idea modesta pero convencida y contribuyeron en distinta medida a la creación de esta Enciclopedia del saber popular. Más de ochocientos autores han colaborado en este tiempo con cerca de mil doscientos artículos cuya variedad temática subraya el carácter abierto y universal de la Revista. Precisamente el número y diversidad de temas nos ha llevado a crear una base de datos que, en breve espacio de tiempo, se podrá consultar en Internet en la página www.funjdiaz.net y que esperamos contribuya a hacer más fácil la localización de temas o artículos en números atrasados.

Finalmente, agradecemos a Caja España su constante apoyo durante todos estos años ya que sin su decidida contribución este esfuerzo no habría dado nunca fruto.



S U M A R I O

	<u>Pág.</u>
Etnomedicina respiratoria en Extremadura (I) ... José María Domínguez Moreno	3
Cuentos populares andaluces (V) José Luis Agúndez García	12
Pequeños relatos, grandes recuerdos Andrés C. Bornejo González	23
Sobre mitología vasca: comparación y repetición Lorenzo Martínez Angel	33

EDITA: Obra Social y Cultural de Caja España.
Plaza Fuente Dorada, 6 y 7 - Valladolid, 2000.

DIRIGE la revista de Folklore: Joaquín Díaz.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Gráficas Turquesa. - C/. Turquesa, 27, Pol. I. S. Cristóbal - VA-2000.

ETNOMEDICINA RESPIRATORIA EN EXTREMADURA (I)

José María Domínguez Moreno

SI POR LA BOCA ENTRA EL MAL

Es una creencia popular comúnmente aceptada en Extremadura que la práctica totalidad de los males que afectan al aparato respiratorio se producen como consecuencia del aire maliciado que se respira. Antes de llegar a los *bofes* (pulmones) pasa por una serie de puntos (*narices, boca, anginas, gargüero...*) que van a servirle de criba o elementos purificadores, lo que indudablemente los convierte en víctimas de los elementos nocivos disueltos en él.

El primero y más liviano de los síntomas patológicos respiratorios es la *garraspera*. Los picores y asperezas, a los que ciertamente poco caso se les hace, se eliminan con un sorbo de jugo de hoja de higuera chumba, un vaso de agua azucarada, una cucharada de miel, un tintarazo de vino templado con manteca, una jicara de agua de cocer patas de cerdo o, a falta de lo anterior, con chupar un número impar de caramelos. Los tópicos para estos casos son los lavados y frotaciones del cuello con agua caliente en la que se ha disuelto algún puñado de cenizas del brasero (Alcollarín, Naval Moral de la Mata, Zalamea de la Serena). En Talavera la Real e Higuera de Varga creen más oportuno envolver el gáznate con una media sudada a la que se le ha dado la vuelta y empapado en orina templada de burra.

Tratamientos parejos a los citados acompañan a otro de los *andancios* de poca monta, salvo que se convierta en crónico, cual es el caso de la afonía o ronquera, contra la que también se precisan de otros remedios de muy variada etiología. Singular importancia se le concede a los gargarismos de agua con limón, de gran difusión en toda Extremadura; a los de infusión de gordolobo (Garrovillas, Cañaveral, Aceituna), de tila, de tomillo, de llantén, de manzanilla y de pétalos de rosa; y a los de decocciones de patatas, de zanahoria (Moraleja, Acehucho) o de una mezcla de cebada, avena, vinagre y miel, de la que cuentan delicias sin acabar por la comarca de las Tierras de Granadilla.

Mas no todo es *garguear* y escupir, puesto que las infusiones también cuenta dan de la afonía si se las mete *papo abajo*. En Valdecaballeros se las pirran por las de tomillo endulzado con miel, por las de flor de carquesa y por las de flor de golondrina (1). Preferidas en Madroñera son las de ajo y amapolas (2). Los roncacos de Badajoz prefieren las de la popular sanguinaria. Siguen la comba re-

mediadora el cocimiento de romero con alguna cucharada del elaborado producto apícola, el de zanahoria bien edulcorado, del que se toman cuatro tazas al día, y el de malva. La miel también acompaña para idénticos fines al zumo de col y a la decocción de membrillo, que igualmente admiten una elevada dosis de azúcar. Este jarabe del rosáceo arbusto entona la voz de los habitantes de Zarza la Mayor, Cilleros y Torreorgaz. Tampoco vienen mal para la afonía el yantar un huevo cocido o el dar cuenta de una clara disuelta en leche caliente acompañada de unas onzas de azúcar. La miel sola y el chocolate son igualmente buenos reparadores de la voz en la generalidad de los pueblos extremeños.

Vahos, fomentos y cataplasmas marcan un triple camino para solucionar las afecciones que nos ocupan. Ya es típica la imagen del afónico que, cubierta la cabeza con una toalla, inhala los vapores que salen de una cazuela con agua en la que se ha vertido un puñado de hojas de eucalipto. A veces en la cocción acompañan a la planta mística ramilletes de pino y malva o un chorro de vinagre. Si a fomentos nos referimos, aquí tienen su encaje los de agua caliente con sal. Dentro del mismo contexto caben incluir las fricciones del gáñote con saliva antes del desayuno y después de la cena. Por su parte, las capas de cebollas asadas y las hojas de tomillo se estiman como una de las principales cataplasmas. En la Alta Extremadura, estos simples se aplican al cuello junto a algunas hojas de saúco y a una pasta de harina de lino. Si lo anterior no surte efecto aún queda la posibilidad de probar liándose un calcetín de lana vuelto del revés (Perales del Puerto, Villabuena de Gata) o colgándose a modo de medalla una castaña de Indias (Aliseda). Y, por último, puesto que un alto porcentaje de la afonía se le achaca a la caída de la campanilla, el fin de la ronquera puede que exija el levantamiento de la úvula, lo que se consigue dando tres rítmicos y fuertes tirones de las dos orejas. Como veremos, la técnica se repite en los tratamientos amigdalares.

"TARDOS Y GAGOS"

La tardanza en el habla y la dificultad que para soltar la *sin güeso* encuentran algunos niños suelen achacárselas en Extremadura a problemas de índole respiratoria. Tal vez por ello buscan el remedio de tales anomalías obligando a acezara a

los pequeños hasta el agotamiento. Pero, afortunada o desafortunadamente, no es ésta la única receta. Curioso es el tratamiento que encontramos en Tamurejo, tratamiento que asegura una más que rápida vocalización siempre que al *tardo* se le haga beber con un *dedal* usado. En Feria logran lo propio metiéndole en la boca, con el propósito de que aletee, la *cola* de un pez vivo. En Logrosán se piensa que haciéndole chupar la *cola* recién cortada de una lagartija se le "aviva" la lengua. Comer unas sopas de leche elaboradas con ingredientes regalados en su totalidad es consejo que se sigue en Pelosche para animar a los adormecidos mecanismos de la pronunciación. Idénticos resultados se persiguen en Abadía y Zarza de Granadilla dándole de comer el primer huevo puesto por una *polla* y, si antes de cascarlo se le pasa por los ojos, no sólo le facilitará el habla, sino que lo hará poseedor de una melódica voz. A la falta de huevos, y puesto que con ave de corral estamos, en Aldeacentenera tocan la lengua del niño con el pico de un gallo para asegurarle la dicción. Por contra, la recuperación del lenguaje nunca será posible, al decir de los vecinos de Alía, si al pequeño le cortan las uñas dentro de los tres días que siguen a su nacimiento. Pasado este plazo se puede acometer la acción higiénica sin ningún riesgo, aunque la tradición recomienda que se haga bajo una higuera y por alguien que posea excelentes virtudes vocalizadoras y musicales si es que de verdad se quiere que el infante logre las virtudes del manicuro.

También la medicina popular orienta sus remedios a determinados defectos de la fonación, como es el caso de la tartamudez. Las causas motivadoras de esta alteración son varias y, por lo general, ajenas al que la sufre. Un niño será *gago*, *tartamullo* o *tartamudo* si antes de que aprenda a pronunciar se le propinan cosquillas en demasía (Nuñomoral, Casar de Palomero), si la lactancia se alarga más de lo conveniente (Casillas de Coria), si se le corta el pelo y las uñas el mismo día y con las mismas tijeras (Galisteo), si comparte a un tiempo cuna con otro niño del mismo sexo (Monroy, Lobón, Campillo de Llerena), si el padrino se equivoca al rezar el Credo en el bautizo (Guareña) o si la madre gestante fue asustada por la súbita presencia de un lobo (Ahigal, Guijo de Granadilla, Santibáñez el Bajo). La solución al problema pasa por acostumbrarse a hablar llevando en la boca piedrecitas de río (Castuera, Monterrubio de la Serena) y por comer huevos de culebra (Salvaleón). Más fácil es la actuación que se sigue en Villafranca de los Barros. Al tartamudo lo meten de cabeza en una talega que *atan a pezón*, sacándolo por el extremo contrario a través de un *roto* que practican con este fin. Posiblemente nos encontramos ante un mecanismo mágico mediante el cual el *gago* nace nuevamente, es decir, sale

del vientre, simbolizado en el *saco*, ya libre de la afección.

LAS ANGINAS

Tanto la amigdalitis como la faringitis u otras morbosidades que afecten a las vías altas respiratorias responden a una larga lista de tratamientos que, salvo en muy contadas ocasiones, se presentan de manera indiferenciada. La mayor parte de su extenso *recetario*, algo habitual en este capítulo, se administra a base de enjuagues, lavados bucales y gargarismos. Sólo los hisopos como paso previo a la *capaúra* de las anginas escapan a esta uniformidad de medicación.

Si nos detenemos en el apartado de las gárgaras en su relación con las *enginas* veremos que se aceptan como óptimas las de infusiones de flores secas de saúco, de pétalos de rosas con miel, de sanguinaria, de *yantén* (Valle del Jerte), de trébol, de manzanilla silvestre y de brotecillos tiernos de zarza. Comparten esta misma importancia las que se hacen con las aguas de las decocciones de hojas de albahaca recién arrancadas (Oliva de Plasencia), de tomillo (Ahigal, Montánchez), de romero (Mohedas, La Pesga) y de granos de cebada con miel (Brozas). Los efectos tampoco se hacen esperar con gargarismos de agua de limón con o sin azúcar, de agua con sal y de sal con vinagre (3).

Pero no faltan otras medicaciones capaces de poner fuera de combate a la afección de garganta. Así sucede con la toma del caldo de un cocido de orejas y ternillas de zorra (Zarza la Mayor), o con el jugo que desprenden las hojas de olivo masticadas (Torremejía, Hernán Pérez, Puebla de la Reina) y con el agua azucarada de la hoja de chumbera. Los mismos resultados promete el tomar lisa y llanamente agua de nueve fuentes cogidas antes de salir el sol, la mañana de San Juan, agua que es una auténtica panacea para otros muchos males.

Mayor perspicacia o conocimiento de los mecanismos médico-medicinales requiere el empleo de los colutorios en el tratamiento de los problemas amigdalares. Necesario es para ello un hisopo o palito rematado con una bola de trapo que se empapa en zumo de limón recién exprimido. Con él se tocan repetidamente las placas de las anginas. No menos drásticos son los *guisopazos* de yodo, vinagre y aguardiente. Aunque estas actuaciones médicas son *peccata minuta* si se las compara con las operaciones de *capar las anginas*, asunto en el que cada pueblo cuenta o ha contado con verdaderos especialistas y con muy particulares anestésias. Palabras son las que siguen puestas en boca de *tía Teresa*, de Aceitunilla, para la

que no tiene secretos la aplicación de tal remedio amigdalár:

"Yo he sido capaora para el asunto de las anginas. A la mi Goya se las arranqué de seco. Pero después me asusté algo, porque la operación no salió como otras veces, y la mi Goya se quedó como gaga. Pero el caso fue que la mi Goya estaba ya ajogá, ni respiraba casi. Y cogí y la metí un guisopo de algodón mojado en huevo batido con aceite. Y se quedó como dormida. Total que cogí una cuchara y se la metí por la boca y, ¡ras!, como una llave se la puse de cantón. Y, luego, escabullí el guisopo con el aceite y el huevo. Y si vieras cómo tiraba trozos de aquella carne pudría por la boca y por la nariz..." (4).

Este tipo de actuaciones traumáticas contra la amigdalitis se comparte en la comarca de Las Hurdes con otras fórmulas más suaves, que también salen a relucir cuando las inflamaciones de las anginas apenas dejan pasar la saliva y provocan evidentes síntomas de ahogo:

"Lo más trabajoso de curar antes eran las enginas. Yo las curo; son bolsas de la garganta que cuelgan. Las levanto y hay que saberlas levantar. Se tira de la oreja cinco, siete o nueve veces, nunca pares, según tenga las raíces. Endemás, yo curé una vez a uno que el médico le iba a dar el volante para que se fuera a la capital. No tragaba ni leche ni agua y a las tres veces que le estiré las anginas se comió un plato de comida y se salvó" (5).

La farmacopea extremeña cuenta con distintos elementos o sustancias que aplicadas externamente solucionan cualquier afección de tipo amigdalár. Una media o un calcetín sudado envuelto al cuello mientras dura el sueño nocturno deshace el susodicho entuerto y de paso, si el paciente es propenso a ello, le elimina el mal fado de roncar. En Almaraz en lugar de media puede utilizarse una cinta de color rojo atada a cualquiera de los tobillos. Y es que no resulta indispensable que la tela se emplee como tópico sobre la parte dolorida. De esto dan buena fe en Mérida, donde sobra con liarse un trapo a la muñeca para que las amígdalas dejen de ser un sufrimiento. Mayor efectividad se consigue si entre la tela y la piel se inserta una antigua moneda de real.

La envoltura del gáznate con paños calentados sobre el brasero resuelve el dolor de la garganta en múltiples localidades, aunque no faltan poblaciones, como son los casos de Táliga y Pallares, donde aplican igualmente telas empapadas en agua hirviendo luego de proceder a su escurrido. En Monesterio utilizan para tales menesteres agua salada y en Nogales decocción de manzanilla. Las friegas con las manos ensalivadas es re-

curso estimado por toda Extremadura, donde también gozan de gran predicamento los masajes con enjundia de gallina. En Alburquerque, luego de proceder al unte con la grasa avícola, se cubre la zona pringada con papel de estraza (6).

Las cataplasmas cumplen su específica misión en Madroñera. En su elaboración entran la amapola, la cebada cocida, los higos pasos, la malva y la sanguinaria. Menos requisitos hacen falta en Torremenga, ya que basta con destripar una patata asada sobre la zona dolorida y mantenerla fijada con un pañuelo (7). En Romangordo algunos de estos apósitos complementan a las sangrías con sanguijuelas, que también tienen a bien el resolver las fluxiones de la garganta. Pero los lameores o sanguijuelas, de tan efectiva aplicación en el campo de la etnomedicina, pueden ser causa de graves problemas si, al beber de algún estanque o riachuelo, se fijan al interior del gargüero. Para desprender los anélidos basta con las gárgaras o guisopazos de vinagre. Los ribereños del Matanchel eliminan tal problema tomando algunos sorbos de su agua, a la que no hay sanguijuela que se resista.

· Cuando la ciencia popular falla con su amplio cartel de mecanismos sanatorios se hace necesario recurrir al auxilio religioso. San Blas es sin duda el santo más recurrido a la hora de descascar estos males. Su poder taumatúrgico se deja sentir tanto de manera preventiva como curadora. Las coplas hagiográficas, cuales son las que se entonan en Torrejón el Rubio, refieren que el origen de tal abogacía arranca de un milagro que el santo de Sebaste, caminando hacia el destierro, hiciera sobre la persona de un rapazuelo:

*En su garganta tenía
una espina atravesada;
con la señal de la cruz
aquel niño la arrojaba.*

Cintas bendecidas el día de San Blas o rozadas en su imagen se ponen al cuello con fines profilácticos en los más apartados rincones de la geografía extremeña: Robledollano, Guadalupe, Villar del Pedroso, Carrascalejo, Zorita, Valverde de la Vera... En Bodonal de la Sierra, tras la misa del santo obispo, se cuelgan sobre el pecho con cintas de colores roscas de pan y *matalaúva* bendecidas. Tales roscas se consumen en cuanto acechan las afecciones de garganta, que igualmente tratan de prevenir colgando los cordones de las cabeceras de las camas. A tenor de lo extenso de su devoción parece que San Blas ha escuchado de manera continuada las plegarias de los extremeños. De este modo pretenden confirmarlo testimonios de la guisa del manuscrito que un informante de Romangordo remitiera al geógrafo Tomás López, en el que se afirma que:

"... por cuya ynterzesión se han experimentado muchos prodigios y milagros en personas que han padecido opresiones de garganta de lo que puedo zertificar en veynte y nueve años y medio que tengo de residencia" (8).

DEL GARROTILLO AL AHOGO

En Aldeanueva del Camino se acude a San Blas o, mejor aún, a su collar de plata cuando el niño se ve atacado del *garrotillo* o difteria. Sobra con la imposición del mismo. A falta de collar hace las veces salutíferas el pasarle por el cuello el báculo del santo obispo (9). Ni que decir tiene que a estos procedimientos se les atribuye mayor efectividad que al ajo, al tomillo, al eucalipto y al limón que se recomiendan para tales casos por el sur de la provincia de Cáceres.

Amén del *garrotillo*, existen otros factores desencadenantes del ahogo infantil. "*Beber y comer pescado, requieren cuidado*" es un refrán que alude al peligro que entraña la espina clavada en el *tragaero*. La invocación a San Blas se hace ahora de forma puntual con la popular jaculatoria: "*¡San Blas bendito, que se ahoga el angelito!*". En Casillas de Coria el sonsonete se cambia por una rima de más altas miras:

*Bendito y glorioso San Blas,
médico sin medicina,
que le sacaste a un niño
de la garganta una espina.*

Pero el ahogo puede hacer acto de presencia cuando la comida y el sorbo *se van por otro sitio* o, lo que es igual, por el *tragaero viejo* que dicen en la Alta Extremadura. El *añurgamiento* se resuelve con unas palmadas en las espaldas, un vaso de agua o unas gotas de aceite, algo que también es normal cuando un objeto se atraviesa en la garganta. Claro que si el accidente acaece en Baterno lo más lógico es que se acuda al auxilio de Nuestra Señora del Fuego, de la que se cuentan prodigios capaces de competir con los atribuidos a San Blas. Sirva como ejemplo el que presenta a un niño de pocos meses al que unos botones se le quedan atascados en el gáznate. Dado por muerto, lo recuestan en el altar de la Virgen y le vierten en la boca varias gotas de aceite de la lámpara que la alumbraba. A los pocos segundos el pequeño se recupera y los presentes observan atónitos que tanto los botones como el aceite se encuentran en el pañal (10).

Ante situaciones de esta índole las conclusiones de las comadres no se hacen esperar. Estas preconizan que nunca son suficientes los cuidados con los más pequeños y que importante es tener conocimiento de las pautas a seguir si se pre-

sentan casos de asfixia o ahogamiento, especialmente cuando es un lactante el que se convierte en víctima. Llegados a tales extremos en Carmoñita y La Garrovilla reaniman al rorro soplándole con fuerza a los ojos; en Castilblanco, Hervás y Navaconejo, colgándolo por los pies; en Coria y Torrejoncillo, hurgándole con una pluma de gallina en la nariz; en Salvaleón y Peraleda, haciéndole cosquillas en los sobacos; en Mohedas, Marchagaz y Palomero, frotándole la coronilla; y en Casas del Castañar, picándole con una aguja en la planta de los pies. Por las poblaciones de la Sierra de Gata al infante se le practica la "respiración artificial", mas no precisamente por el procedimiento del boca a boca. El ano es la abertura a través de la cual se sopla y se aspira. Si curiosa resulta esta actuación, no lo es menos el ejercicio médico que constatamos en núcleos cacereños próximos a la frontera portuguesa, donde introducen en el *ojo del culo* el pico de una gallina para que sea ésta la que insuffle y exhale el aire.

Muchas de las personas informantes coinciden en afirmar que la llantina infantil o *guarreo* desemboca más de lo que cabe imaginarse en el *pente-rre* o corte de respiración. Los niños propensos a estos problemas son tratados de forma preventiva en Galisteo mediante la comida de carne de perritos pasada por la sartén (11). Con la misma intencionalidad de irradicar la *pataleta* se recurre a sostener al niño por los tobillos, manteniéndolo boca abajo mientras el ejecutante le traza tres cruces sobre los labios con la mano libre. Tan sorprendente costumbre la descubrimos en Montánchez y Torre de Santa María. Hay quienes optan, sobre todo en la zona más meridional de Badajoz, por darle al pequeño seis cucharadas de agua de anís con azúcar. Si ambos procedimientos no surten efecto, bien saben los extremeños la eficacia que tiene el llevar al llorón a un camino por el que transitan rebaños con el fin de que respire el polvo que levantan las ovejas. ¿Y si el sosiego no hace mella en el pequeño? Tampoco habrá que alarmarse, máxime teniendo en cuenta que el excesivo *guarreo*, siempre que no desemboque en ahogo, sirve para agrandar los pulmones.

UNA MEDICINA UNIFORME

Nuestras investigaciones en el campo de la etnomedicina extremeña nos confirman que, salvo excepciones muy puntuales, el pueblo no hace una distinción entre las distintas afecciones de carácter respiratorio. Bronquitis, resfriados, constipados, catarros, gripes, rinitis, *moquillo* e, incluso, asma o tisis responden con demasiada frecuencia a una definición equívoca, lo que permite que todos estos términos puedan ser reflejados como sinónimos.

Lo anterior viene a significar que muchas de las boticas simples o compuestas aquí empleadas alcanzan una acción universalizadora dentro de este campo. Tal cosa, por ejemplo, sucede con el ajo, que por sus virtudes expectorantes, antiespasmódicas y sudoríficas, se configura como una auténtica panacea, hasta el punto de ser conocido por *tríaca del villano*. Lo mismo da consumirlo crudo que en jarabe o cocimiento. En Coria prefieren ingerirlo aceitado y *espiparrado* sobre una rebanada de pan. Para la tosferina la ingestión de ajo se complementa con su uso tópico. En Ahigal y Santibáñez el Bajo se combate untando con la manteca del bulbo durante tres días las plantas de los pies. Los sufridos pacientes se ven compensados, amén de con la cura de sus andancios, si tienen presente que el olor ajero impide el acercamiento de tábanos y garrapatas.



La cebolla, prima hermana del ajo, no escapa al reconocimiento de unas facultades remediadoras de este tipo de *trasornijo*. En ensalada hallamos la forma más fácil de ingerirla, pero no la más efectiva. En el sur de la provincia de Badajoz se considera de una mayor eficacia sanadora la toma de agua de su decocción, sobre todo si va ligeramente endulzada.

Unos poderes semejantes se les conceden al jarabe y al vino de cebolla con miel. Tal vino se consigue tras permanecer el bulbo sumergido en morapio durante aproximadamente dos semanas.

La posología recomendada, al menos en Montehermoso, Ceclavín y Zarza de Granadilla, no debe exceder de las tres cucharadas diarias. Por lo que respecta al jarabe, éste se prepara a partir de una cocción de cebollas, a la que se añade doble cantidad de azúcar que de agua. Dependiendo de los lugares, al cocido cebollero puede agregársele *orégano*, *hojas de malva*, *higos pasos*, *hojas de laurel*, *cáscaras de bellotas*, *hojas de eucaliptos* y otras diferentes plantas aromáticas. En Almendraejo no se olvidan de verter algún puñadito de uvas maduras.

Quienes tengan unos paladares que hagan ascos a los sabores de la hortense liliácea pueden optar por curarse el constipado y el trompeteo de los bronquios con sólo respirar su aroma. En los partidos de Fregenal de la Sierra y de Llerena lo consiguen manteniendo durante toda la noche debajo de la cama o sobre la mesilla varias rodajas del bulbo (12). A la mañana siguiente el enfermo está como nuevo, aunque quizás con algunas cebolleras lágrimas en las mejillas.

Los especímenes botánicos que enunciamos más arriba cumplen sobradamente, ya sea de forma aislada o en combinación con otros elementos o sustancias, con su papel medicamentoso en la solución de los achaques respiratorios. Así ocurre, a modo de ilustración, con las uvas y los higos. No hay tos que se resista al cocimiento de uvas pasas, que aumenta su reconocida efectividad medicinal tomándose todo lo más caliente que la lengua soporte. Si la tos es galopante, en Madroñera reparan el achaque mediante la cocción de higos secos y un poco de *cinajo*, apuntando el recetario que la pócima se muestra más activa si se cata antes de dormir (13). El *orégano* es en Almoharín compañero inseparable de las uvas y de los higos. Más al norte, concretamente en Morcillo y Guijo de Coria, la aromática planta se sustituye por el salvado.

Las virtudes antiespasmódicas y expectorantes de los higos gozan de gran estimación en toda la comunidad. Su cocimiento, además de lo apuntado en el párrafo anterior, se utiliza sobradamente en los pueblos de la antigua diócesis de San Marcos de León (14). De manera indistinta la cocción se realiza con leche o agua, sin que en ningún caso falte el complemento del azúcar. En Fuentes de León los higos abiertos por la mitad se cuecen con *marvarisco* (malvavisco) y flor de malva, tomándose colado y caliente. En la cacereña Torremenga los higos van a la cazuela como acompañantes de una decocción en la que también entran flores de amapola y malva, algo que igualmente sucede en Pasarón de la Vera y Tejeda de Tiétar. A falta de otros líquidos, buen papel hace el vino en las elaboraciones de estas recetas de fogón.

Por la comarca de Campo Arañuelo con el vino y los higos está presente el orégano. Aquí la dosis recomendada se estima en una taza por la mañana y otra por la noche. El tomillo salsero sustituye al orégano en los pueblos de la zona de Trujillo. El vino, la miel, la manteca y los higos conforman los cuatro ingredientes de un jarabe que no tiene rival para desterrar el constipado. Pero las normas exigen comer los higos y beber el líquido por separado. Si esta pócima presenta un carácter generalizador, jarabes hay que se adscriben a pueblos, comarcas o demarcaciones muy concretas. Así nos encontramos en el Valle del Jerte con un jarabe anticatarral compuesto de vino tinto, higos pasos, violeta, orégano, malva, eucalipto, azahar y yerba-cónica, pero que además admite otras plantas medicinales (15). En la Sierra de Gata a base de castañas, cáscaras de patatas, orégano e higos se confecciona un bebedizo exitoso contra la tos.

El orégano y los higos pasos se emparejan en Madroñera para la elaboración de un brebaje antiespasmódico, que puede aumentar sus favorables resultados si se le agregan una porción de *almorahúí* (almoradú) y algunas hojas de eucalipto. Para que la tos se detenga usan en Abadía y Granja de Granadilla hojas de higuera, que cuecen durante largo rato para que suelten un jugo áspero y dulzón que ha de tomarse en caliente. Otra higuera, en este caso la chumba, conserva en la etnomedicina extremeña su vieja fama de suavizar las vías respiratorias. El zumo de las hojas y el jugo que sueltan los chumbos terminan con los problemas del constipado, la tos y la tosferina (16).

El vino, la manteca y la miel se presentan como sustancias que intervienen en la composición de múltiples fórmulas sanatorias tradicionales. Cocidas en su conjunto conforman un *mejunje* de reconocido poder anticatarral en el sentido más amplio. A veces el azúcar se convierte en sustituto del producto apícola. Cuando el brebaje clarea, en Baños de Montemayor y Gargantilla lo espesan echando algunas cortezas de pan. Con ralladuras de manzanas y con moras amasadas hacen lo propio en Castañar de Ibor y Alía, respectivamente. Todos estos cocimientos se toman con cuchara.

Y vayamos al morapio, aunque sólo sea para hacer que se cumplan los populares aforismos: "Al catarro, dale con el jarro" y "Más abrigan buenas copas que malas ropas"...

Convencidos están los extremeños de que un buen cazo de vino enciende el ánimo y apaga la tos, la *garraspera* y la *moquita*, sobre todo si se toma hervido con algunos ramilletes de romero. A los ancianos catarrosos se les recomienda, al menos en Oliva de la Frontera y Valle de Matamoros, que el vino lo mezclen a partes iguales con miel y que, tras dar cuenta de la poción caliente de una

sola tacada, se vayan a la piltra, seguro que con el fin de aseverar la sentencia refraneril: "Tres triacas tiene el viejo: la miel, el vino y el sueño". En Descargamaria y Robledillo de Gata optan para las mismas afecciones por tomar un vaso diario de una tintura conseguida por la maceración de hojas de eucalipto en vino.

Metidos en el alcohol, recordar debemos el aguardiente y el coñac. En Casar de Palomero y La Pesga con cualquiera de estos licores, leche y miel, puestos en un cazo sobre el fuego hasta que asomen las primeras burbujas, consiguen el *requemao*, que toman inmediatamente para despejar los bronquios, aliviar el catarro y detener la tos.

La leche sola con miel, sin ningún otro aditamento, se considera expectorante y sudorífera, siendo su empleo comúnmente aceptado a lo largo y ancho de Extremadura. Mezclada con jugo de apio la toman en Jaraiz de la Vera como resolutive de los males de los bronquios. Más allá de las populares leches de vaca y de cabra nos tropezamos con otras variedades lácteas de gran estima para el conjunto de las afecciones respiratorias. La palma se la lleva la leche de burra, que ha de tomarse recién ordeñada para combatir los problemas de los bronquios, catarros y resfriados. Así lo piensan en Alburquerque, donde nunca hicieron ascos a tal bebedizo medicinal (17). La leche de perra, cuyo consumo se ha enmarcado sobre todo en el partido de Valencia de Alcántara, goza de idénticas propiedades, además de la de curar la tosferina, mientras que la de la mujer se orienta especialmente a que sea bebida por los enfermos de tuberculosis.

Volviendo los ojos atrás quedémonos con la receta que en el siglo XVIII se prescribía en Garciaz para los resfriados, según recoge Tomás López: "Horchatas, leche tibia y aguada" (18). Con leche y manteca eliminan el constipado en Campanario y con estos dos ingredientes y chocolate edulcorado hacen una componenda en Alburquerque y San Vicente de Alcántara que sirve de medicina para los catarrosos.

...Y SUMA Y SIGUE

Con refranes contamos que atañen al prestigio de ciertas plantas contra las más variadas afecciones del aparato respiratorio. Tal es el caso de la malva. "Con un huerto y un malvar hay medicina para el lugar", dicen en Mérida y sus alrededores. No parece que la afirmación nos venga en vano, ya que sabido de todos es que la infusión de la malva soluciona los fastidios de la tos, los bronquios y el asma, al tiempo que su decocción acaba con el dolor de costado (19). Mezclada con gordolobo o con menta y salvia, siempre en infu-

sión, muestra su efectividad en lo que corresponde a los catarros bronquiales. Y, por supuesto, la salvia tampoco puede escapar de las referencias paremiológicas: "¿Tienes a tu hijo muerto teniendo salvia en el huerto?" (Zarza Capilla, Villanueva de la Serena) y "Quien tiene salvia en la huerta, tiene el remedio cerca", (Fuentes de León). Un pequeño hervor de sus hojas y brotes convierte a la planta en un curalotodo contra catarros, constipados, bronquitis y pulmonía. Si de lo que se padece es de asma, la mejoría vendrá de fumar algunas de sus hojas previamente desecadas (Cachorrilla, Valencia de Mombuey, Trujillanos).

Mencionados quedaron el gordolobo y la menta, dos vegetales que igualmente por separado obran prodigios, el primero sobre el asma y la bronquitis y la segunda sobre las toses y las garraseras. Una doble formulación entresaca las virtudes del orégano, ya sea en infusión o en cocimiento con leche. Dos o tres tazas por día bastan en Fregenal de la Sierra y en Madroñera para que los males del arca dejen libre el cuerpo. En cuestiones de ablandar el pecho muy pocas cosas superan a la infusión y al jarabe de amapolas. Para la preparación de éste los vecinos de Guadalupe cuentan con sus propias reglas alquímicas. En ciento setenta gramos de agua se cuecen suavemente cien gramos de pétalos. Luego de reposar se le añaden trescientos cincuenta gramos de azúcar. Ya todo queda listo para tomar una o dos cucharadas por día (20).

A las tisanas de poleo, muy usadas en el sur de la provincia de Badajoz, se las rocía con unas gotas de vino. Es algo que también sucede con las infusiones de romero, de trébol, de tomillo salsero, de hojas de llantén, de flores secas de saúco, de pericón, de marrubio, de manzanilla y de hojas de cinco venas, de gran aceptación en el concejo de Nuñomoral (21); con las decocciones de bledo, de viborera, de naranja, de raíz de ortiga, de avena, de ruda, de carquesa y de raíz de regalíz; y con los jarabes de garbanzos y de moras. Para las mismas curaciones se emplean indistintamente las infusiones o jarabes de violeta y las infusiones o cocimientos de tila. En la elaboración del último medicamento en Bodonal de la Sierra usan la flor, las hojas y las semillas, a las que agregan una cáscara de naranja. En Fregenal de la Sierra, donde se usan idénticos ingredientes, se sustituye la monda por la flor desecada del cítrico. Puede tomarse a cualquier temperatura y a indistinto grado de edulcoración (22).

El malvavisco nos ofrece distintas aplicaciones, según se emplee en infusión o jarabe. Con la primera tisana se pone fuera de combate a la tos y a la bronquitis. Con el jarabe, que por lo general lleva como añadidos algunas hojas de eucalipto y un poco de genciana, se cura el catarro infantil, al que

también se ataca con infusión de pétalos de escaramujo o, ya menos corriente por los mortales peligros que entraña, de hojas de adormidera (23). Buenos resultados antiespasmódicos se logran igualmente con tisanas de hojas de árnica, de frutos de hinojo, de semillas de lino, de angélica, de hojas de castaño, de espino albar y de tallos desecados de zarza. En Zorita y Calamonte tienen a bien para lo mismo ingerir varias tazas diarias de una decocción de hojas de lechuga; en Almendralejo estiman más positivo el beber agua de arroz endulzada; en Garrovillas prefieren el cocimiento de peladuras de patatas; y en Fuentes de Cantos se interesan por el hervido de la raíz de hinojo con miel. La maceración en azúcar de rodajas de nabos es un recurso que contra la tos y el catarro utilizan en Montánchez y Garganta la Olla.

En Llerena el remedio lo hallan en las patatas, a las que tratan de una forma muy particular. Las cortan en gruesas ruedas y las colocan sobre un plato inclinado, rociándolas de azúcar para que suelten un líquido que se toma como jarabe (24). Otro jugo, en este caso de col, conseguido a base de majar sus hojas, es lo que se bebe en Guijo de Santa Bárbara. No se olvidan para tales menesteres el zumo de limón con miel (Serradilla, Carcaboso), el zumo de naranja caliente y endulzado (Fregenal de la Sierra), la ensalada de berros (Casas del Monte), las habas (Guijo de Coria), las esparraqueras (Valle del Jerte), el caldo o la papilla de cebada con añadidos de agua, leche y azúcar y, sobre todo, el mangle o jaramiel, sustancia ésta que se convirtió en un auténtico descubrimiento de la medicina extremeña del pasado siglo, como bien nos informa el doctor Texidor en *Flora Farmacéutica* con fecha de 1871:

"Don Bonifacio Guijo, farmacéutico de Membrío, ha recogido en la provincia de Cáceres en el *cistus iadaniferus*, una sustancia de aspecto sacarino que fluye de las ramas añejas espontáneamente o por la picadura de un insecto durante el verano, en cantidad muy crecida y a la que se denomina **sacarocistina** o **sacarocistus** (mejor **glycocistina**) o **jaramiel**, que los chicos la apetezen como golosina. Se presenta en forma de copos blancos, que luego amarillea y pardea en contacto con el aire, de consistencia de miel dura, pegajosa, con olor a ládano y sabor dulce aromático; es soluble en el agua, y la disolución, gris, por el reposo se aclara dejando sedimentar una materia feculenta y resinoídea inflamable; soluble en alcohol, en éter y mucho en agua hirviendo; toma color rojo en contacto con el ácido sulfúrico y amarillo de oro con el nítrico, cuya sustancia, dice el Sr. Guijo, en ciertos usos, puede bien suplir el azúcar, y en pastillas ha producido excelentes resultados contra la tos" (25).

Sigamos con el repertorio de enfermedades a las que de forma muy concreta se enfrentan los elaborados productos de la botánica de esta tierra. De este modo nos toparemos con que la tosferina se resuelve tanto con infusión de hierbamora como con jarabe de remolacha, a la que se le extrae el zumo cortándola en rebanadas que se espolvorean con azúcar. La decocción de zanahoria mejora a los enfermos de asma y la de verbena enmelada cumple idéntica función con los griposos. Para unos y otros se estima conveniente el chupar caramelos de bayas de laurel machacadas y rebozadas con miel, medicina que ha contado con numerosos adeptos en Cilleros y San Martín de Trevejo. Apuntemos por último que las pequeñas dosis de maceración de pan y quesito o bolsa de pastor y la infusión de sanguinaria con relativa frecuencia van a parar a los estómagos de los extremeños aquejados de dolores pleuríticos o de costado (26).

Si la ciencia se ha servido en ciertos casos de los conocimientos tradicionales para sus descubrimientos, no es menos cierto que en numerosas ocasiones, en lo que atañe a las plantas, el pueblo no se percató de sus virtudes y, por consiguiente, no llega a utilizarlas hasta que recibe la información de los profesionales (boticarios, médicos, botánicos...) acerca de sus propiedades medicinales. Como muestra ilustrativa de esto último bien sirve un párrafo de la misiva que el cura Sebastián Manso y Pinazo escribe, en 1792, desde La Codosera como respuesta al interrogatorio del promotor del frustrado *Diccionario Geográfico de España*:

"Las yerbas olorosas y medicinales de esta población, tanto en las orillas del Jéborá, Codosero y todo el término, son muchas y extraordinarias, según oí decir a un excelente boticario de Badajoz que vino a ésta en mayo de 88, y otros, lo cierto es que para la comprobación de ello alego algo que he oído decir a las gentes de este pueblo que en años pasados venían a esta villa muchos herbadarios o inteligentes sus yerbas desde la ciudad de Lisboa en Portugal y permanecían muchos días en la primavera, sacando raíces de yerbas, de unas llevaban toda la yerba, de otra las raíces, de unas las flores y de otras la cáscara de las raíces; yo sólo he visto venir a dos, el año de 90, que llevaban la cáscara de la bardana menor, que en otros tiempos había muchísima, pero de presente hai poca; dichas yerbas, flores y raíces nos las sacaban sin decir su virtud a los naturales, las que yo he podido indagar son las siguientes: contaúra, axenxo, chicoria, hoserición, britania, ruvia de tintoreros, gualda, torongilcitrón, berbena, hospepaguana, uña de caballo, bardana menor, jabonera, traya, ronía, culantrillo de pozo, rosas (gran porte de man mosquetas) doradilla, siempreverde, tartago

mayor y menor, genciana mayor y menor, violeta, borraya, chumbalbera, agrimonia, suelda mayor y menor, legua cervina, sanguinaria, coronopus o szella manis, llanten, verdolan, malvarisco, ruda que nace en el campo, paletaria, ruibarbo, clacellinas y tulipanes, lirios blancos y amarillos, estos tres últimos también nacen y se crían en los campos y las clavellinas en las mismas piedras de la montaña, roseta, salvia, lengua de liebre, estramonio, sahisco, hinojo, cardo benedicto, cardo al sol, cardo corredor, ortiga mayor y menor, piablo o acedones, orégano, apio y con ya dixen son tantas las flores olorosas y yerbas medicinales de esta tierra, (pero quasi todas desconocidas), que para dar relación individual de ellas era necesario un facultativo" (27).

NOTAS

(1) RODRIGUEZ PASTOR, Juan: "Las supersticiones (su estado actual en Valdecaballeros)", *Revista de Estudios Extremeños*, Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz, 1987, tomo XLIII, n.º III, p. 773.

(2) MONTERO CURIEL, Pilar: *Medicina popular Extremeña (encuestas en Madroñera)*, Real Academia de Extremadura y Ayuntamiento de Madroñera, Cáceres, 1992, p. 64.

(3) GUIO CEREZO, Yolanda: *Naturaleza y salud en Extremadura: los remedios*, Ed. Asamblea de Extremadura, Mérida, 1992, p. 93.

(4) BARROSO GUTIERREZ, Félix: "Por tierras de Las Huelgas de la Iía Teresa", *Revista de Folklore*, Caja España, Valladolid, 1993, n.º 149, p. 171.

(5) GARRIDO PALACIOS, Manuel: *Aún existen pueblos. Etnografía de lugares dispersos*, Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca, Salamanca, 1994, pp. 97-98.

(6) LOPEZ CANO, Eugenio: "Supersticiones y creencias populares", *Atminar*, Institución "Pedro de Valencia" y Diario HOY, Badajoz, 1984, n.º 51, p. 7.

(7) MATFOS ROMERO, Trinitario: *Estudio Antropológico-médico de Torremenga (Cáceres)*, Institución Cultural "El Broncense", Excma. Diputación Provincial de Cáceres, Cáceres, 1988, p. 146.

(8) LOPEZ DE VARGAS MACHUCA, Tomás: *La provincia de Extremadura al final del siglo XVIII*, Asamblea de Extremadura, Mérida, 1991, p. 372.

(9) DOMINGUEZ MORENO, José María: "Los saniblases ca ceñeses", *Revista de Folklore*, Caja España, Valladolid, 1995, n.º 180, p. 196.

(10) JIMENEZ MILLARA, Vicki: *Crónica de 17 pueblos (La Siberia extremeña)*, Institución Cultural "Pedro de Valencia", Badajoz, 1982, p. 20.

(11) MORAN BARDON, César: "Creencias sobre curaciones supersticiosas recogidas en la provincia de Salamanca", *Memo-*

rias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, Tomo VI, Museo Antropológico Nacional, Madrid, 1927. Reeditado: *Obra Etnográfica y otros escritos*, Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca, Salamanca, 1990, tomo I, p. 160.

(12) PUERTO, José Luis: "La fascinación en Llerena y otros remedios y ritos", *Revista de Folklore*, Caja España, Valladolid, 1989, n.º 106, pp. 113-114.

(13) MONTERO GURIEL, Pilar: *Op. cit.*, p. 63.

(14) FERNANDEZ SALGUERO, Luis, RODRIGUEZ PASTOR, Juan y RUIZ DE LA CONCHA, J. Ignacio: "Notas sobre algunas plantas de Fregenal y sus cercanías", *Saber Popular*, Federación Extremeña de Grupos Folklóricos, Fregenal de la Sierra, 1990, n.º 5, p. 14.

(15) FLORES DEL MANZANO, Fernando: *La vida tradicional en el Valle del Jerte*, Asamblea de Extremadura, Mérida, 1992, p. 317.

(16) DOMÍNGUEZ MORENO, José María: "Aspectos populares de la profilaxis y la curación del ganado ovino en Extremadu-

ra", *Actas del Simposio sobre Trashumancia y Cultura Pastoral en Extremadura*, Asamblea de Extremadura, Mérida, 1993, p. 355.

(17) LOPEZ CANO, Eugenio: *Op. cit.*, p. 5.

(18) LOPEZ DE VARGAS MACHUCA, Tomás: *Op. cit.*, p. 219.

(19) GUIO CEREZO, Yolanda: *Op. cit.*, p. 34.

(20) PEREZ DE LA HUZ, María del Carmen: "Plantas Medicinales en Guadalupe", *Guadalupe. Revista de Santa María de Guadalupe*, Monasterio de Guadalupe, Sevilla, 1986, p. 134.

(21) BARROSO GUTIERREZ, Félix: *Op. cit.*, p. 169.

(22) FERNANDEZ SALGUERO, Luis y otros: *Op. cit.*, p. 47.

(23) MATOS ROMERO, Trinitario: *Op. cit.*, p. 147.

(24) PUERTO, José Luis: *Op. cit.*, p. 114.

(25) P. 25, cit. FONT QUER, P.: *Plantas medicinales. El Dios-córidos renovado*, Editorial Labor, Barcelona, 1988, p. 281.

(26) GUIO CEREZO, Yolanda: *Op. cit.*, p. 34.

(27) LOPEZ DE VARGAS MACHUCA, Tomás: *Op. cit.*, p. 161.



CUENTOS POPULARES ANDALUCES (V)

José Luis Agúndez García

Uno de los motivos más sugestivos que componen los hechos maravillosos de los cuentos es el de las transformaciones. Cuando el cuento las utiliza, toma sin trabas concepciones existentes en las leyendas e historias más o menos antiguas, más o menos aceptadas.

El cuento del *Mago y su Discípulo* recoge netamente este tema; el mago es el maestro de las transformaciones, el discípulo llega a pugnar con él en dura contienda de metamorfosis. Todo el cuento es una sucesión de transformaciones.

El resumen argumental de nuestra versión es el siguiente:

I. Un matrimonio consigue que el pez (mago, diablo) le conceda un hijo; pero deberá entregarlo cuando sea mayor. Cuando entrega al hijo, el pez, propio mago y maestro, que ha enseñado al muchacho los trucos de su oficio ofrece restituirlo si el padre lo reconoce después de un mes.

II. Un día, el hijo, convertido en cuervo, le da instrucciones al padre para que lo identifique entre otros muchos cuervos iguales a él. Como lo reconoce, puede recuperarlo.

III. El padre hace varias ventas del hijo, que se transforma en animal; pero el hijo, burlando a los compradores, vuelve al padre.

IV. Finalmente, lo vende al mismo mago, transformado en caballo; pero con el freno, que le hacía vulnerable al mago. Involuntariamente, unas jóvenes rompieron la vulnerabilidad quitando el freno al caballo. En un combate con transformaciones, el héroe viene a caer, en forma de anillo, en la falda de una joven; el mago, disfrazado de doctor, cura al padre de la doncella y pide, como paga, el anillo; pero el anillo se transforma en granada, a lo que replica el mago transformándose en gallina para comerla. Cuando la joven pisa un grano de granada, éste se transforma finalmente en príncipe.

Thompson (*El Cuento...*, pp. 106-107) dice de este tipo que es de origen indio, que Benfey, en los prolegómenos de su edición del *Panchatantra* (1859), lo utiliza para ilustrar "la forma en que los cuentos de la India se han introducido en la literatura mongólica [...] y han sido llevados por su intermedio a Europa". Asegura que medio siglo después, Cosquin lo utilizó de nuevo para remarcar la importancia de los mongoles en la transmisión de este tipo de cuentos. Pero agrega que, sin tener en cuenta el origen "debe ser ubicado entre los cuentos orales más populares. Lo cuenta Straparola en el siglo XVI. Aparece en casi todas las colecciones

del Cercano Oriente y del sur de Siberia. Aparte de la India, donde ha sido reportado frecuentemente, lo cuentan en las Indias Holandesas Orientales".

Tras las palabras de Thompson, nos sorprende que su presencia sea relativamente escasa por las colecciones españolas (Thompson menciona una versión de Boggs y algunas de Hispanoamérica). Sin embargo, las versiones que hemos hallado fuera de España confirman la idea de Thompson referente a su popularidad. Además, pocas presentan un contenido más homogéneo y menores variantes.

EL MAGO QUE SE CASO CON LA PRINCESA

Era un hombre que no tenía hijos, y quería un hijo. Y dice que iba...: "Si yo tuviera un hijo que me ayudara, pero yo solo para todo...". Hasta que llega y sale un pez muy grande y le dice:

— Si quieres un hijo, te lo voy a dar, pero a los diecinueve años tengo que venir por él. Tienes que venir a traérmelo aquí mismo.

Dice:

— Bueno, pues así mismo me conformaré.

Pues, dice que se quedó conforme. Bueno, pues tuvieron un hijo. Se pusieron muy contentos, muy contentos con el niño. Pero ya el niño iba más grande, se acordaba de que tenía que llevarlo. Cuando tenía diecinueve años, pues fue a la puerta. Salió el pez y lo recogió. Y cuando dice que estaba..., dice:

— Bueno, cuando pase un mes, viene usted por aquí —dice—, y si usted conoce a su hijo, se lo lleva para atrás; pero si no lo conoce, se queda aquí para mí.

Pues, dice que el pobre hombre siempre estaba pensando: "¿No voy a conocer yo a mi hijo? ¡Pues, anda, que si no voy a conocer yo a mi hijo! ¡Como quiera que lo ponga, lo conoceré, claro!".

Cuando un día que estaba trabajando en el campo, dice que pasa un pájaro muy grande por lo alto de él. Dice:

— Papá, yo soy tu hijo, que estoy convertido en cuervo. Cuando vaya usted a buscarme, a usted le enseñarán muchas clases de animales. Usted dice a todo: "Aquí no está mi hijo, aquí no está mi hijo". Y cuando llegue usted a los cuervos, estoy convertido en cuervo, le levanto yo la alita y tengo una plumita blanca, y ya por eso me conoce.

Y estaba él muy contento... Pues, llegó el día que llegó el hijo. Cuando salió el pez, y se metió el hombre para dentro, para dentro de la casa, cuando se metió para dentro, dice que le enseñó una sala con muchos animales...

- ¡Aquí no está mi hijo!

- Pero..., ¡usted no lo conoce! Pues, ¿cómo no va a estar aquí su hijo? ¡Pues en algún lado está su hijo!

Hasta que el hombre llegó a donde le dijo el hijo. ¡Como él lo sabía! Cuando llegó a los cuervos, que estaba el hijo... -pues le dijo: "Con una alita estaré"-, le enseñó una alita blanca...

Dice:

- Aquél que está allí sí que es mi hijo.

¿Aquél es su hijo? ¿Por qué lo conoce usted?

- ¡Porque sé que es mi hijo!

Dice:

- Bueno, pues ya que lo has conocido, te lo tendrás que llevar, ¡mire usted qué bien!

Bueno, pues ya que iba con el hijo, por el camino, andar, andar..., se encontró con unos cazadores. Dice:

- Popá, ¿quiere usted tomar mucho dinero por mí?

Dice que se volvió un galgo. Y toda la caza que salía, la cogía el galgo: salía un conejo, lo cogía; salía... Y los cazadores se lo dijeron al hombre.

Amigo, ¡qué galgo tiene usted! Usted, ¿por qué no lo vende? ¿No lo vendería usted?

Dice:

- Yo no vendo mi galgo.

- Venda usted, que le vamos a dar todo el dinero que usted quicra.

Entonces dice:

- Pues bueno, dame mil pesetas -mil pesetas entonces era mucho dinero. Y le dio el galgo.

Cuando ya iba andando, andando, se volvió otra vez. Ya se salió de cacería. Salió corriendo el galgo. Cogió alguna; pero cuando le pareció, lo que hizo es alejarse más. Y se volvió una persona; ya no le conocían. Llegaron los cazadores donde estaban los hombres.

- ¿Usted ha visto por aquí un galgo ahora mismo, que lo hemos comprado?

- No... no...

- ¡Ay!, mire usted que lo hemos comprado...

- Pues, ¡yo no he visto nada, mire usted!

Bueno, pues pasa. Cuando ya llegaron a su casa tan contentos... Dice:

- ¡Opá!, ¿quiere usted tomar más dinero por mí?

Dice:

- ¡Claro, el dinero nunca viene malamente!

- Yo me voy a volver una jaca. Me va usted a llevar a la feria de Sevilla, y va usted a tomar todo el dinero que quiera por mí. Pero sepa usted que no me tiene que dejar el bocado; como me deje el bocado, estamos perdidos.

Pues bueno, se va a la feria de Sevilla con un caballo, que dice que tan lindo... ¡Daba unos resoplidos el caballo! ¡Unos saltos! ¡Uy, qué caballo tan lindo! Hacía ruido [llamaba la atención] donde quiera que estaba.

- ¡Uy qué caballo! ¿Cuánto quieres por ese caballo?

Empezó a asustarlo; pidió un dineral...

- No, tanto no será.

Total, que ya se convino con uno, y ya lo vendió. Pero cuando se va a ir el hombre con el caballo, se acuerda que le dijo el hijo lo del bocado. Y el bocado se llevó.

- ¡Ay, mire usted, el bocado no lo vendo! El bocado no lo vendo...

Dice:

- Pues, como no venda el bocado, lo que no queremos es el caballo. ¿Para qué queremos aquí el caballo sin bocado?

Y entonces tuvo que venderlo con el bocado; ya no tuvo más remedio. Y el que lo compró era el mismo que le había disfrazado a él.

Nada, que lo compró, y con el bocado se lo llevó. Bueno, pues dice:

- Voy a comprar unas cosillas por ahí.

Y va a la posada. Conque va y llega a la posada y lo amarra con el bocado pegando al atadero. Pegando al atadero amarró el caballo. Pues, dice que cuando la moza de la posada pasaba...

- ¡Ay, qué animalito el caballo! ¡Cómo está! Tiene los hocicos pegados al atadero. ¡Ay, qué animalito!

Cada vez que pasaba, un relincho.

¡Ay, Jesús, si ese caballo lo que quiere es como agua! Le voy a dar agua -pero la llevaba de limpiar las mozas.

Cuando soltó el caballo, lo que hizo que se va, se fue el caballo.

Y dice:

- ¡Oy, ya se ha escapado mi caballo! ¿Quién soltó mi caballo?

Y salió y dice:

- Dios y... -y se tiró al pozo.

Y el otro tiró:

– Dios y... –para comérselo– y...

Pero fueron peleando en el pozo, hasta que el otro dice:

– Dios y águila –no–. Dios y paloma.

Ahora dice:

– Dios y águila.

Y se tiró el otro. Y ya se liaron a luchar los dos, y ya él dice:

– Dios y anillo –y se vuelve un anillo.

Y estaba una señorita en el patio meciéndose, y le cayó el anillo en la falda. Estaba mosquita con el anillo, y dice:



– ¿Quién me ha enviado a mí este anillo?

Y ahora, cuando se acostó, dice el anillo:

– No te asustes, que el que te habla es el anillo. Te digo que el médico, cuando cure a tu padre, va a querer que le des el anillo. Y tú te sostienes mucho, te sostienes mucho: “Que mi anillo no lo doy yo, que mi anillo no lo doy yo”. Y cuando ya se empeñe en que lo quiere, lo tiras sobre el suelo fuerte, fuerte.

Conque dice que así lo hizo. Llegó el médico a ver al padre, y lo curó. Dice:

– ¡Vamos a ver!, pida usted la cuenta. ¡Lo que usted quiera! ¡Lo que usted quiera!

Y le pidió el anillo. Lo curó al padre y le pidió el anillo. Y entonces dice:

– ¡Que mi anillo no lo doy yo!

Dice que tanto..., hasta que le hizo lo que le dijo el hombre: lo tiró al suelo, y dice:

– Dios y granada.

Y se volvió una granada. Y el otro dice:

– Dios y gallina con una camada de pollos.

Y...

– Tú pisas un granito con el pie.

Conque se lió la gallina a comerse todos los granos, y los pollos. Y ella pisó un granito con el pie. Y el granito se convirtió en príncipe y se casó con la niña.

María Fernández Fernández. Arahál, 1990. Transliteración al castellano normalizado del etnotexto de La tradición oral... (Agúndez..., n.º 34).

CATALOGACION Y ANALISIS ESTRUCTURAL

– Astrid Lunding, n.º 56: *The Wizard and his Pupil*.

– Aarne-Thompson, n.º 325: *The Magician and his Pupil*.

– Boggs, 325.

– Hansen, 325.

– Robe, 325.

– Pujol, 325: *El Mag i el su Deixeble*.

Amores García, n.º 23.

Camarena-Chevalier, 325.

– Thompson:

I. D154.1, G303.3.3.6, P340, D1700, D1710, D1711, D1711.0.1, S212, S211, T540, N731, D1721, H161, H48, H62, H62.1, H49, H50, H78.2, H80, J152, D1720.

II. D630, D640, D671, D672, D110, D152.2 (D352.2), D170, D179, D370, D350, D683, D2165, D2165.3, R219.

III. D141 (D341), D30, D612, K252, D100, C600, C947, D150, C837, D1741, D722, D131 (D332), B211.1.3, B401.

IV. G303.3.5, D166.1, D211.2, D1810, D1810.0.2, D1813, D615, D615.1, D1719.1, D651, D659.2, D612.1, D615.2, D610, D300, D641.1, D270, D250, D102.1, D211, D431, D431.4, Z200, L142.2, L161.

ANALISIS SEGUN PROPP

α: Un padre desea tener un hijo: *situación inicial*.

β: Sale a ver al pez: *alejamiento*.

γ^{neg}: El pez le dice que se lo entregará de mayor: *prohibición*.

δ^{neg}: Así sucede la *transgresión* (S212).

δ: Se superpone a la fechoría (A¹) o rapto del auxiliar (el hijo se convierte en auxiliar; él es quien da las pistas al padre para el reconocimiento). El héroe será momentáneamente el padre.

C↓: El padre parte en busca del hijo.

D: El pez propone una prueba: *primera función del donante*.

E: El padre supera la prueba: *reacción del héroe*.

F: Poder de transformarse: *recepción del objeto mágico (D100)*. Para el padre, el hijo viene a ser objeto mágico que le proporciona riquezas; pero con esta acción, él ya siente satisfecha la fechoría A¹.

K: Reparación de la fechoría A. Con la reparación, el héroe regresa.

Pr: El hijo retoma la acción como héroe y es perseguido.

Rs: Se transforma y queda libre: *socorro*.

O: Llega de incógnito a palacio: *llegada de incógnito*.

L: El demonio se presenta engañosamente: *pretensiones engañosas*.

T: El grano se transforma en hombre.

W: Se casa con la princesa.

VERSIONES POPULARES ESPAÑOLAS

- García Surrallés (*Era... Gaditanos*, pp. 93-96), n.º 17: *El Hijo del Leñador*.

- Sandubete (*Cuentos... Cádiz*, pp. 69-72), n.º 29: *El Hijo del Leñador*.

- Camarena (*C... Real*, pp. 125-132), n.º 59: *Juanillo el Leñador*, n.º 60: *El Discípulo del Encanto*.

- Llano Roza de Ampudia (*Cuentos Asturianos*, pp. 92-96, 96-99), n.º 10: *Periquín*, n.º 11: *El Maestro Encantador*.

- Camarena (*León*, I, pp. 157-163), n.º 85: *O Rey que estudiaba Mágica*; n.º 86: *Pillín*.

- Alcover (*Aplec... Mallorquines*, XVII, pp. 111-124): *S'estudiant de sa cova de Salamanca*.

VERSION POPULAR SEFARDI

- Luria ("A Study... Judeo-Spanish... Yugo-Slavia" pp. 389-391), n.º XXI.

VERSIONES POPULARES HISPANOAMERICANAS Y PORTUGUESAS

- Pino Saavedra (*C. F. Chilenos*, pp. 63-72), n.º 9: *El Viejo Carbonero*.

- Robe (*Mexican Tales... from Los Altos*, pp. 141-143), n.º 40: *El Caballito de Plata*.

- Chertudi (*C. F. Argentina*, pp. 84-84, n.º 37: *El viejo que hace compadre al diablo*.

- Pires (*C. P. Alentejanos*, pp. 70-72), n.º 26: *O Baquinho de Romã*.

- Braga (*C... Português*, I, pp. 101-106): *O Mágico*, *O Mestre das Artes* y *O Aprendeiz do Mago*.

- Pedroso ("C. P. Portuguezes", pp. 162-162), n.º 22: *O Feiticeiro*.

VERSIONES NO HISPANICAS

- Afanasiev (*C. P. Rusos*, II, pp. 93-102): *La Ciencia Mágica*. Prácticamente sin variantes. El hijo realiza tres ventas fraudulentas: como galgo, como caballo y como halcón; tres elementos básicos para la caza.

- Grimm (*CC*, pp. 230-232): *El Ladrón Fullero y su Muestrero*. Sin variación, pero sin el final: no hay princesa.

- Fuente del Pilar (*C. Cosacos*, pp. 11-25): *Oh, Zar del Bosque*.

- Italo Calvino (*Italianos*), n.º 128: *La Escuela de Salamanca*. Sin variación.

- Creus (*Annoboneses de Guinea Ecuatorial*, pp. 62-63), n.º 36: *El Maestro Papudientes*.

- *Libro de las Mil y una Noches* (noche 542, II, pp. 1266a-1271b): *Historia que contó el capitán de policía, el doceno*. Posee todos los elementos típicos del cuento popular occidental, pero registra bastantes variables. La mujer estéril da a luz tras comer unos confites donados por el magreví (mago), a quien se entregarán los niños al crecer. En casa del mago hay una joven doncella colgada porque no ha aprendido el libro sagrado; el joven la rescata y, por ello, el mago le amputa un brazo, pero la joven le cura con unas hierbas. Cuando leen el libro sagrado, surgen dos camellos con los que ambos jóvenes van a sus respectivas casas paternas. El padre del muchacho manda vender el camello traído por el hijo, pero sin ramales. El eunuco, en cambio, lo vendió a un *althaschische* con los ramales. Cuando el mago se dio cuenta de la desaparición del joven Mohammed, partió en su busca y halló al *althaschische* quejándose con los ramales en la mano. Compró los ramales y con ellos atrajo hacia sí a Mohammed que, al quedar atado por los ramales, se transformó en camello. Con el joven en forma de camello, partió en busca de la joven. Al llegar al palacio de la muchacha y aparcarse del camello, éste aprovechó un descuido, mordió los ramales y éstos perdieron su poder de transformar a los seres; el joven se transformó por propia voluntad en granada y quedó colgando en un granado. Cuando el mago intenta coger la granada, la fruta estalla esparciendo los granos, que recogió el mago, menos uno en el que estaba la vida del joven. De este grano salió un puñal que mató al mago.

mientras se transformaba en el hermoso príncipe que era. La joven princesa, rescatada del árbol, y el joven rescatador se casaron.

LAS TRANSFORMACIONES

La concepción de las transformaciones como fenómeno potencialmente ejecutable en determinados casos es común a todas las culturas. Pueden presentarse por diversas exigencias: Júpiter se transforma en toro para la seducción de Europa (Ovidio, *Metamorfosis*, II, VI), Zeus lo hace usualmente, y en diversas formas, para engendrar en diversas mujeres. En el caso de Hércules y Aqueloo, pretendiendo a Deyanira, asistimos a transformaciones ligadas a una lucha encarnizada entre dos seres poderosos (*Metamorfosis*, IX, I), con lo que, junto a la seducción, ya descubrimos el motivo de contienda que aparece en nuestro cuento. La transformación que sufrió Metra también nos recuerda, en cierto punto, a nuestro cuento. Hallamos al padre consumido por el hambre y una hija que posee el don de transformarse; el padre la vende sucesivamente y la hija abandona a los compradores cambiando su forma física. Ovidio nos cuenta esta historia en *Las Metamorfosis* (VIII, V, pp. 165-168) por boca de Aqueloo. Ericitón, nos dice, mandó talar un árbol de más de mil años consagrado a Ceres y, aunque el árbol habló a los primeros golpes diciendo que allí vivía una ninfa consagrada a Ceres, persistió en su idea hasta derribarlo. Fue condenado a pasar hambre perpetua y, en su necesidad, vendió a su hija Metra como esclava; pero ésta imploró el favor de Neptuno y se transformó en pescador. El amo que la había comprado e iba detrás pensó que su adquisición se había marchado y preguntó al pescador que si había visto pasar a una joven esclava; naturalmente, el pescador (Metra) le contestó que iba más adelante. Cuando se alejó el amo, recobró su forma. Cuando Ericitón se dio cuenta del poder de la hija, la vendió infinidad de veces, escapándose ella mediante su facultad emanada de Neptuno. Y para concluir su relato, Aqueloo dice que estas cosas no son de extrañar ya que él mismo se había transformado en toro o serpiente cuando había querido. Así pues, esta historia de Metra nos recuerda nuestro cuento por las sucesivas ventas y huidas de los amos mediante transformación, e incluso, por las falsas pistas que da a los que preguntan por el fugado.

Luchas con transformación tampoco están ausentes en otras culturas. En *El Mahabharata* (5.^o, 15, pp. 603-607), por ejemplo, y por atisbar en otra mitología, vemos como Krishna intenta persuadir a los enemigos transformándose imponentemente ante ellos.

Mientras se reía, la forma de Krishna comenzó a brillar como un relámpago. Todos los devas surgieron de su cuerpo y podían verse, pero al lado de Krishna, cuya forma había asumido un aspecto aterrador, parecían más pequeños que el pulgar de la mano. En su frente podía verse a Brahma, el Creador, y en su pecho podían verse las once ruddras.

En sus hombros podían verse los señores de las cuatro regiones del mundo: Indra, Varuna, Kubera y Yama...

Vemos otro ejemplo tomado esta vez de un extracto de Ramón D. Perés (*El Cuento...*, p. 87):

En cuanto a Whisnu, es famoso entre nosotros los occidentales por resultar el dios de las metamorfosis [...]. En nueve formas diferentes [...] se ha aparecido ya en el mundo [...]. La primera metamorfosis de Whisnu es bastante más vulgar: habiendo visto que un demonio había robado el libro de la ley llamado Veda y que con él se ocultaba en el fondo del mar, convirtiéndose en pez, fue en busca del demonio, le arrebató su presa y la devolvió a los brahmanes encargados de su custodia.

Permaneciendo en la misma mitología india, Pidal nos trae la descripción de Mogalla que

podía visitar a su antojo los cielos más elevados y los más bajos infiernos, volverse invisible y hacerse lo suficientemente pequeño para deslizarse, cuando lo deseaba, por el estrecho agujero de una cerradura o, por el contrario, crecer tanto que, de una zancada, podía atravesar los ríos más anchos.

Mogallana había adquirido todos estos poderes por la práctica ascética, en suma, por participación divina. "En una palabra, gozaba de todos los siddhis que un ser puede conquistar gracias a la Meditación Sublime".

El fenómeno de la transformación, en suma, es frecuente en la cultura india. Los casos que describe *El Ramayana*, por ejemplo, son muchísimos (Marica pasa ante Sita transformada en gacela, 3, XLII ss.; Dharmaraja no tiene problemas para aparecer como cuervo, 7 XVIII, 5ss.; Satyavati, en una explicación etiológica, queda para siempre convertido en el río Kaucika, 1, XXXIV, 8ss.). Pensamos que una cultura que cree en la transmigración de las almas encuentra poca resistencia para aceptar las transformaciones. La trasmutación, al fin, no es otra cosa que una transformación física donde el alma permanece idéntica, aunque sólo ocurre tras la muerte. Sin embargo, la mitología también refleja innumerables veces cómo un dios o persona puede manifestar en un momento las sucesivas reencarnaciones que, arrancando de un principio, ha tenido. (Lakshmana, por ejemplo, pese a ser herido por Ravana "recordó que él era parte de la propia sustancia de Visnú. Y Ravana, destructor del orgullo de los devas y rakshas y espina de los devas, le golpeaba, aunque sin poder cogerle..." (*Ramayana*, 6, LIX; tom. II, p. 300).

Lo mismo podríamos decir de la cultura China. Werner (C. e H. de la Antigua China, p. 95) nos indica: "Los dioses también se permiten el lujo de divertirse, casarse, pecar, ser castigados, morir y resucitar, o morir y ser transformados, o morir definitivamente". Y nos cuenta diversas historias de la China clásica donde podemos comprender la realidad de los cambios físicos,

junto al fenómeno de la transmutación de las almas. Referente al dragón, nos revela que también se concibe como "el padre de los grandes emperadores de la antigüedad. Sus huesos, dientes y saliva se emplean como medicina. Tiene el poder de transformarse y de hacerse visible o invisible a su gusto" (p. 200). También nos narra hechos concretos: "El t'u-ti se transformó en un tigre y se colocó en medio del camino..." (p. 259), Miao Shan le pide a Sha Ts'ai que rece a su lado mientras seña: "Ahora que estás transformado puedes elevarte a tu voluntad y volar por el aire" (p. 262).

En la cultura egipcia, recordemos, por ejemplo, la lucha entre Horus y Set, que se convierten en hipopótamos (Max Müller, *Mitología Egipcia*, p. 137). Set es derrotado "junto con sus seguidores bajo la forma de animales salvajes". Según un papiro que recoge Max Müller (pp. 145-146), podemos comprobar lo anterior:

Mirad, se golpean uno al otro, de pie sobre sus plantas, convirtiendo sus formas en dos hipopótamos, (¿en?) el templo (?) de los señores de Khar-'ahaut. Entonces pasaron tres días y tres noches así...

No olvidemos, tampoco, las transformaciones para circular en los otros mundos o para el tránsito entre ellos, propiciadas por el conocimiento de fórmulas mágicas inscritas en el *Libro de los Muertos*. Por ejemplo, recojamos la fórmula para tomar el aspecto de un halcón:

He aparecido semejante a un gran halcón que sale de su huevo; levanto el vuelo y me pongo como halcón cuya espalda mide cuatro codos y cuyas alas son como el feldespato verde del Alto Egipto. He salido del interior de la barca de la noche cuando mi corazón me ha sido traído de la montaña de Oriente. (Luego) descendiendo en la barca del día (y a continuación) me son traídos aquéllos que pertenecían a los tiempos primordiales, que, inclinados respetuosamente me rinden homenaje, mientras aparezco en un hermoso halcón de oro con cabeza de fénix; —es oyendo su voz cuando Re viene cada día—. Ocupo mi puesto entre los dioses primogénitos de Nut... (Lib. Muertos, cap. 77; pp. 131-132).

Y así hallamos, igualmente, fórmulas para tomar el aspecto de un halcón divino (cap. 78), de fénix (cap. 83), de garza (cap. 84), de una golondrina (cap. 86), de una serpiente (cap. 87)... Con el conocimiento de estas fórmulas, no había problemas, como decimos, de tránsito, porque se lograban las deseadas transformaciones y cambios de aspecto que facilitaban el franqueo de entrada a otros mundos.

Snorri Sturluson (*Textos... de las Eddas*, "Skaldskaparmál", II) cuenta una leyenda escandinava en la que contemplamos unas persecuciones con transformación:

...Bölverk fue hasta donde estaba Gumtöd y se acostó con ella tres noches, y entonces ella le permitió beber tres tragos de hidromiel. [...] Entonces adoptó la figura de un águila y voló lo más deprisa

que pudo. Pero cuando Suttung vio volar el águila adoptó también figura de águila y voló tras él. Y cuando los Ases vieron por donde volaba Odín, sacaron su cántaro al patio..." (p. 87).

Bölverk, u Odín, no tenía dificultades para transformarse: "Odín cambiaba de forma. Su cuerpo yacía como durmiendo o como muerto, pero él era un pájaro o un animal, un pez o una serpiente, y viajaba en un instante a tierras lejanas para sus asuntos o para los de otros hombres" (p. 249).

En una leyenda hujeba (*Ley. Bujebas*, IV; p. 61), de la cultura africana, vemos, por ejemplo, cómo Nzambi se frota una medicina sobre el cuerpo para transformarse en lagartija y así poder ver quién es el que pientea la tumba de su marido.

Mencionada la familiaridad con que las culturas antiguas aceptaban el fenómeno de las transformaciones, recordemos unas descritas en el siglo II d. C. por El Pseudo-Calístenes (*Vida de Alejandro*, pp. 9-11), referentes a la concepción de Alejandro. Es bien conocido cómo el mago Nectanebo tuvo acceso a la esposa de Filipo haciéndose pasar por el dios Amón. Pese a que se admitió públicamente la paternidad divina de Alejandro por esta intervención, Filipo acusó a su esposa de haber concebido porque había admitido en su lecho a un ser humano. Para desmentirlo, Nectanebo se transforma en una gran serpiente, se yergue y besa a la reina, que corresponde con caricias. Seguidamente, la serpiente sufre otra transformación y desaparece. Filipo queda satisfecho. Días más tarde, el propio Filipo, estando en el jardín, ve que un pájaro viene a su regazo y pone un huevo que se quiebra al deslizarse al suelo. Del huevo surge una serpiente que lo circunda e intenta introducirse en él, tras lo cual muere.

Todos los presagios obrados por Nectanebo se acercan mucho a los de nuestro cuento, no sólo en que ellos no obedecen a una necesidad o un apetito determinado que acucia a un dios para ejecutar un rapto o una fuga, sino que se establece una pugna para demostrar ciertas habilidades de transformación, tal como también le sucedió a Moisés, aunque no sobre su propia persona, para vencer a otros magos igualmente egipcios, como Nectanebo (*Exodo*, 7).

Pidal (pp. 13b-15b) relaciona el cuento de *Los Dos Hermanos*, egipcio (no insistimos sobre su argumento por ser harto conocido), con muchos cuentos populares europeos en que el héroe se transforma en animal, toro o caballo.

Apartando momentáneamente la vista de estos fenómenos mitológicos, recordemos prodigios similares que escasamente fueron cuestionados y acchados por la duda por presentarse desde tiempos antiguos de la mano de los grandes autores clásicos. En pleno siglo XVIII, Feijóo, incidiendo en las creencias llegadas hasta él desde aquellos tiempos, se queja de la aceptación de tales creencias y de que ciertos historiadores prefie-

ren transmitir noticias recogidas por otros historiadores antes que investigar la verdad; así dice, por ejemplo, que podemos creer con duda que en *"Irlanda hay un lago donde si se fixa un palo largo, la parte que penetra la tierra, se convierte en hierro; la que está en el agua, en piedra..."*, ya que lo dice *"Arsdekin, original de Irlanda"*; pero agrega que, como se *"tuvo mas commodo trasladar quimeras de otros Historiadores"*, muchas cosas son increíbles, como por ejemplo que en la parte *"Boreal de Momonia hay dos pequeñas Islas, en una de las cuales no puede entrar ningun animal del sexo femenino, sin morir al momento; y en la otra nadie puede morir de enfermedad"* de tal modo que para morir han de salir de ella. Si dudaba del palo que se transformaba en el agua, dice, en cambio: *"Creámosle también, que en la Provincia de Momonia hay una fuente, con cuya agua, si se lava alguno se encanece todo al momento; y al contrario, en la Utonia hay otra, que con el mismo uso ennegrece el pelo cano"*. Agrega, para finalizar, que las fábulas que se han infiltrado en la Historia Natural son tantas que sólo pretende exponer las más comunes para desengañar a las gentes de estos errores *"por estar bastantemente extendidos en el Vulgo"* (*Theatro*, II, 7-8).

Evidentemente, como vemos, prodigios, hoy inverosímiles, han venido perviviendo en la tradición escrita hasta tiempos próximos a nosotros. El Pseudo-Calístenes (II, 36), volviendo al mundo clásico, nos recuerda el río en que había unas piedras negras: *"Cuantos tocaban estas piedras, adquirirían el mismo color de las piedras"*. Aquí mismo nos habla de los pájaros que despedían fuego y de los peces que no se cocían al fuego.

Muy relacionado con las transformaciones es el prodigio que ampara a ciertas especies animales. El águila se rejuvenece tras quemar las viejas plumas y sumergirse en el agua (Malaxecheverría, *Bestiario Medieval*, p. 73) o el Fénix resurge de las cenizas (p. 121). (Para los egipcios, representaba a Osiris, que a su vez se identificaba con el Nilo, que fertilizaba los campos y daba nueva vida, es, pues, un símbolo del renacer, en la mentalidad del Nilo. Véase Müller, *Mit. Egip.*, pp. 188-189).

Para contemplar algunos de estos prodigios puede consultarse el libro XII de S. Isidoro (*Etimologías*, "De Animalibus"). En el libro XI (4. "De Transformatis") nos habla sobre los seres metamorfoseados:

Nam et Diomedis socios in volucres fuisse conversos non fabuloso mendacio, sed historica adfirmatione confirmat. Sed et quidam adserunt Strigas ex hominibus fieri. Ad multa enim latrocinia figurarum sceleratorum mutantur, et sive magicis cantibus, sive hervarum veneficio totis corporibus in feras transeunt. [...] Siquidem et per naturam pleraque mutationem recipiunt, et corrupta in diversas species transformantur; sicut de vitulorum carnibus putridis apes, sicut de equis scarabei, de multis locustae, de cancris scorpiones (p. 54).

Lo cierto es que estos hechos pasaron a la mentalidad cristiana como hazañas malélicas del demonio, generalmente. Este ser podía tomar forma humana o animal, igual que todos sus asociados. (Los archivos de la Inquisición podrían dar fe de hechos demoníacos en que existen transformaciones). Son varios los pasajes bíblicos o hagiográficos que incluyen transformaciones demoníacas para revelar su poder o para enmascarar su personalidad. El Barlaam (cap. XXXVII) nos describe las tentaciones de Josafat: *"Intentaba hacerlo caer y atemorizarlo con múltiples apariciones; unas veces mostrándose tal cual es, negro; [...] otras tomaba incluso la forma de cualquier tipo de bestia, rugiéndole o lanzando terribles mugidos y gruñidos; se transformaba incluso en aspid y dragón"* (p. 282).

El *Especulo*, a su vez, nos habla de un caso que *"acaesció en Inglaterra"*. El herrero quiere poner unas herraduras a unas bestias que trae el diablo. Al hacer daño al animal, oye cómo se queja: era su propia madre (n.º 113). En el mismo libro (n.º 197) observamos un curioso caso que nos recuerda algún motivo de nuestro cuento. En el juego, alguien que pierde quiere vender su alma; pero, como nadie acepta, el demonio acude como comprador.

El contados los sueldos pagados, arrepintiose el vendedor e non quería que pasase la venta, e dixole el comprador: De todo en todo te conviene guardar lo que posiste conmigo e segund es costumbre quando se vende el caualllo que pase el cobestro con él, aunque no se faga mençion del, el tu cuerpo en que está la tu alma ha de pasar con ella al mi sennorio" (p. 138).

Aquí aparece, pues, una venta o entrega al diablo y una venta posterior del caballo con el cabestro por la transcendencia que ello tenía.

Luis de Zapata (*Miscelánea*, pp. 478-480: *"En cosas que parecen mentira y son verdad"*) da testimonio de otra venta asombrosa con transformación. Refiere los prodigios que llevó a cabo un flamenco llamado Escoto que, entre otras cosas, compró un rocín a un rústico pagándole con unas monedas que perdían su valor cuando el campesino las veía en casa y que ganaban valor cuando le reclamaba al hombre prodigioso ante testigos. El campesino decide recuperar el caballo, lo toma, se monta en él; mas *"yendo por la calle, ve crecerle al rocín los cuernos, y tornarse una hermosa vaca"*.

Lozano (*Historias y Leyendas*, XI, *Castigo de dos Adúlteros*; II, pp. 83-87) refiere los insufribles castigos que una mujer, asesina del marido por estar enamorada de otro hombre, renueva cada noche viniendo del otro mundo. El verdugo es el propio amante, que aparece montando un caballo. *"Y porque no piense su señoría que el andar a caballo me es de algún alivio, hágase saber que es un demonio en figura de caballo éste que mira"*, explica el enviado del infierno.

Para algunas opiniones, la iglesia no sólo no atajó estas creencias, sino que las alimentó y utilizó para configurar la mentalidad de una sociedad de ella dependiente. El propio José M.^a Mohedano (en su edición del *Especulo*, pp. XXXIV-XXXV) nos dice: "La iglesia presidía en esta época [...] los destinos de toda la sociedad. Para mantener a los fieles en sus obligaciones, para estimular su celo religioso, recurría a los medios sobrenaturales por la voz de sus instrumentos, es decir, de los predicadores". Estos predicadores se valían en sus sermones de apólogos y fábulas, la mayoría de las veces tradicionales; pero también de relatos que debieron resultar escalofriantes, para aquel tiempo, de milagros y acontecimientos extraordinarios. Dice Mohedano seguidamente: "Es muy difícil, sin duda, hacerse hoy una idea exacta de la influencia que debieron ejercer sobre la sensibilidad y la imaginación de las masas populares estos relatos de milagros, presentados bajo forma patética y dramatizados para producir el efecto deseado". Incluso, continúa diciendo, para evitar la aplicación de acciones coercitivas, para las que la iglesia estaba capacitada, contra los elementos que podían "dañar la parte sana del cuerpo religioso", prefería la acción de los predicadores que extendían las experiencias y advertencias que los condenados prodigiosamente venidos del infierno daban a los vivos. A veces eran personajes piadosos los que testificaban prodigiosos viajes a los lugares de sufrimiento.

Volviendo a uno de estos prodigios, relacionados con las transformaciones diabólicas, recojamos, por ejemplo, el caso del ermitaño (n.º 115 del *Especulo*; pp. 74-75) que reprendía al sacerdote que fornicaba continuamente. Después de que el ermitaño obró un milagro, dio muestras de su poder al sacerdote, al que dijo que su amiga, "bestia del demonio", estaba muerta y poseía extraña forma. "E mostrole una bestia que bolaua allende la eglegia e yba sobre ella un diablo feo". El hecho, nos dice, lo refiere "Odo de Seriton".

Según otro prodigio referente a S. Teodoro (nos cuenta el mismo *Especulo*, n.º 151, p. 105), un día sacan del río un pedazo de hielo y se lo pone el obispo para aliviar su calor; entonces "oyó una voz humanal que salía del yelo e se quexaua e gemía"; era un alma allí puesta para penar, sólo podía purgar su pena cuando el obispo "celebrase por ella misa treynta días continuos".

En *El Libro de los Exemplos* (342), por ejemplo, se nos dice que santo Domingo tomó dos gusanos de una monja enferma y los transformó en "piedra safir".

La *Antología del Talmud* (468, p. 298), incluso, recoge una historia muy jocosa. Yannay pidió agua en una posada y, sospechando de la posadera, dejó caer unas gotas que se transformaron en escorpiones. Después de beber, le dijo a la mujer que bebiera de su líquido como él había bebido del suyo; cuando bebió la mujer, quedó convertida en burra, sobre la que montó Yannay para cabalgarla hasta la plaza del mercado. "De repente surgió uno de los compañeros de la mujer y rom-

pió el hechizo, y se vio a Yannay, cabalgando sobre una mujer".

Incluso Feijóo cree en los prodigios del demonio (*supra*, discurso 5, *passim*) y de los hechiceros por él asistidos.

Que hay hechiceros y hechiceras, consta de la Escritura, y del comun consentimiento de la Iglesia. Que haya tantos, y tantas como el vulgo piensa, es aprehension propia de la rudeza del Vulgo. Si solo se hiciesse cuenta de la malicia del Demonio, y de la flaqueza del hombre, no hay duda, que nos veríamos inundados de hechiceros: porque son muchos los perversos, que buscando la felicidad en el seno de la desdicha, á todo riesgo del alma quieren hacer fortuna; y el Demonio, para mal suyo y nuestro, les prestaria facil su asistencia" (p. 103).

Sin embargo, Dios vela por los hombres y no permite que el demonio desarrolle sus capacidades. Si así fuese, el ser malévolo no tendría freno a su poder: "Confundiría los Elementos, jugaría como con una pelota con todo el globo de la tierra, y aun no sé si estarían libres de sus violentos soplos las luces del Cielo. Esto podría hacer un Demonio solo" (p. 103). Nada del mencionado discurso tiene desperdicio para nuestro tema. Después de mostrarnos un caso asombroso entre el enfrentamiento de dos magos que pelean por una mujer y se hechizan mutuamente, transformándose físicamente, agrega: "Possible es todo esto", aunque, dice ciertamente, que todo tiene aire de invención (n.º 28). Nos cuenta, como otro ejemplo, que dos brujas transformadas en gato y en sapo son atrapadas por la gente. Feijóo duda de este lance solamente porque las brujas no fueron capaces de escapar del peligro. Se burla: "dirase, que pudo Dios negarle el concurso al Demonio, para que las salvase del aprieto" (n.º 30).

La mentalidad popular no pone impedimento alguno para aceptar las transformaciones de las brujas, seres demoníacos presentes entre nosotros. Frecuentemente, las brujas, igual que los demonios, se transforman en animales, dañan a los seres humanos y vuelven a su forma humana. A veces sufren heridas en su forma animal, heridas visibles que no desaparecen tras la vuelta al estado normal y que las delatan. Las colecciones de leyendas están cargadas de estos lances ocurridos a brujas y contados a hurtadillas; pueden leerse centurias de ellos en Middleton Hyatt, Llano y Roza de Ampudia, Pereiro, Samuel Feijoo y tantos otros coleccionistas de leyendas.

En resumidas cuentas, incluso la mentalidad más avanzada de Feijóo, que por otro lado pretende advertirnos de que no creamos en fantasías tenidas como ciertas desde antiguo, admite las transformaciones físicas cuando hay mediación diabólica y permisón de Dios. Exactamente igual que los transportes aéreos a velocidades vertiginosas efectuadas por las brujas, aunque a veces, desvela, no hay tales vuelos. "Pero á la verdad los exemplos prueban, que muchas veces es folo foñado el vuelo de las hruxas; pero de ningún modo, que otras

veces no sea real, y verdadero. Es cierto que el demonio, permitiéndoselo Dios, puede hacerlo. Si lo hace, ó no, en este, ó el otro caso particular, puede liquidarlo la prudencia, y discreción de los Jueces" (n.º 62).

Para finalizar, no olvidemos el tema de los incubos, que trata el mismo Feijóo en el mencionado discurso (el más famoso es el del mago Merlín) y que tiene que ver con nuestro cuento porque el nacimiento de su héroe, como el de otros cuentos, si bien no sucede por la unión de mujer con demonio, sí viene dado por la intervención demoníaca. Vélez de Guevara (*El Diablo Cojuelo*, franco VI; pp. 156-157) nos habla de la difusión de un hecho contado en una plaza de Ecija: "*Estaban unos ciegos sobre un banco, de pies, y mucha gente de capa parda de auditorio, cantando la relación muy verdadera que trata de cómo una maldita dueña se había hecho preñada del diablo, y que por permisión de Dios había parido una manada de lechones...*".

Cobarruvias (*Tesoro de la Lengua...*) no dudaba de todos estos hechos fantásticos. Podríamos recordar su concepción de los *duendes*, sobre las hadas (cf. FADAS, p. 581a), dice: "... *Y algunas veces puede aver sido que el demonio tome figura de tales personajes, para engañar a los necios y codiciosos, porque dicen asistir en los lugares donde ay tesoros y los guardan*". Referente a los *trascos* (cf. TRASGOS, p. 975a), dice: "*El espíritu malo que toma alguna figura, o humana o la de algún bruto, como es el cabrón*". Recordemos que esta obra aparece en 1611. Poco antes, en 1609, Eslava (*Noches de Invierno*, pp. 147-148) nos refiere los poderes de una mujer de Valladolid que predijo el derrumbamiento de D. Alvaro de Luna, y que "*con sus hechizos, tomó un cuerpo muerto y dicen lo resucitó*". Eslava, que en esta parte de su obra trata de las distintas artes mágicas, reconoce: "*La verdad es que el demonio toma para estas cosas cuerpos fantásticos y habla por aquella vía a los hombres*". El mismo Eslava (p. 272) retoma de S. Agustín, como testimonio para los de su época, los portentos escuchados en Italia, donde "*ciertas mujeres nigrománticas habían tornado algunos hombres en bestias, dándoles a comer queso, y que los cargaban como asnos y servían de traer provisiones y, acabada su hacienda, los volvían en la primera forma*".

La mitología clásica, las historias pretéritas de muy diversos pueblos, en suma, han compartido unas concepciones a las que puede resistirse la mentalidad más moderna; pero encubiertas en formas más asequibles, siguen enquistadas en nuestras ideas, sueños o pensamientos más actuales. La transformación personal o de objetos no nos extraña, porque siempre estuvo presente en nuestra cultura. Jamás se retirarán de nuestra tradición, de nuestro devenir cultural.

MOTIVOS QUE SE CITAN

- B211.1.3 Caballo que habla.
B401 Caballo ayudante.

- C600 Prohibición única.
C837 Tabú: perder la brida al vender al hombre transformado en animal. Sigue el Desencantamiento.
C947 Pérdida del poder mágico por romper el tabú.
D30 Transformación a persona o raza diferente.
D100 Transformación: hombre a animal.
D102.1 Transformación: demonio a animal.
D110 Transformación: hombre a animal salvaje (mamífero).
D131 Transformación: hombre a caballo.
D141 Transformación: hombre a perro.
D150 Transformación: hombre a ave.
D152.2 Transformación: hombre a águila.
D154.1 Transformación: hombre a cuervo.
D166.1 Transformación: hombre a pollo, gallina.
D170 Transformación: hombre a pez.
D179 Transformación: hombre a pez (varios).
D211 Transformación: hombre a fruta.
D211.2 Transformación: hombre (mujer) a granada.
D250 Transformación: hombre a objeto manufacturado.
D270 Transformación: hombre a objeto (varias).
D300 Transformación: animal a persona.
D332 Transformación: caballo a persona.
D341 Transformación: perro a persona.
D350 Transformación: ave a persona.
D352.2 Transformación: águila a persona.
D370 Transformación: pez a persona.
D431 Transformación: forma vegetal a persona.
D431.4 Transformación: fruta a persona.
D610 Repetidas transformaciones. Transformación sucesiva de forma en forma.
D612 Venta proteica: hombre vende al joven tras sucesivas transformaciones.
D612.1 Aparente transformación de animales para vender y timar.
D615 Contienda de transformaciones. Lucha entre contendientes que se esfuerzan en vencer a contrarios en sucesivas transformaciones.
D615.1 Contienda de transformaciones entre magos.
D615.2 Contienda de transformaciones entre maestro y alumno.
D630 Transformación y desencantamiento a voluntad.
D640 Razones para transformación voluntaria.
D641.1 Amante visita a la amada en forma de ave.
D651 Transformación para vencer al enemigo.
D659.2 Transformación en animal para luchar.

D671 Huida con transformación. Los fugitivos se transforman para pasar inadvertidos.

D672 Huida con obstáculos. Los fugitivos arrojan objetos tras ellos que mágicamente se transforman en obstáculos en el camino del perseguidor.

D683 Transformación por magia.

D722 Desencantamiento por quitar la brida. Hombre transformado en caballo (asno) liberado así.

D1700 Poderes mágicos.

D1710 Posesión de poderes mágicos.

D1711 Mago.

D1711.0.1 Aprendiz de mago.

D1719.1 Contienda de magos.

D1720 Adquisición de poder mágico.

D1721 Poder mágico del mago.

D1741 Pérdida del poder mágico.

D1810 Conocimiento mágico.

D1810.0.2 Conocimiento mágico del mago.

D1813 Conocimiento mágico de hechos a distancia.

D2165 Huida por magia.

D2165.3 Magia usada para estorbar la persecución.

G303.3.3.6 Demonio en forma de pez.

G303.3.5 Diabolo cambia de forma.

H48 Animal en forma humana reconocido.

H49 Reconocimiento por peculiaridades personales.

H50 Reconocimiento por marcas corporales o cualidades psíquicas.

H62 Reconocimiento de persona (animal) transformado.

H62.1 Reconocimiento de persona transformada en animal.

H78.2 Identificación por señal de la pluma del héroe cuando es transformado en pájaro.

H80 Identificación por señales.

H161 Reconocimiento de persona transformada entre idénticos compañeros.

J152 Sabiduría (conocimiento) por saga (maestro).

K252 Venta de sí mismo y huida.

L142.2 Alumno aventaja al maestro.

L161 Héroe poco prometedor se casa con la princesa.

N731 Encuentro inesperado de padre e hijo.

P340 Maestro y alumno.

R219 Escapadas (varias).

S211 Chico vendido (prometido) al demonio (ogro).

S212 Niño vendido al mago.

T540 Nacimiento milagroso.

Z200 Héroes.

BIBLIOGRAFÍA

- AARNE, Antti y THOMPSON, Stith: *The Types of the Folktale; a Classification and Bibliography*. Translated and enlarged by Stith Thompson, *FFCommunication*, núm. 184, Helsinki, Indiana University, 1964.
- AFANASIEV: *Cuentos Populares Rusos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1922, 2 tomos.
- AGUNDEZ GARCIA, José L.: *La tradición oral en la zona de Marchena, Arabal y Paradas (Sevilla)*, UNED, 1996, Tesis Doctoral.
- ALCOVER, Antoni M. (mossèn): *Aplic de Rondalles Mallorquines*, D'en Jordi des Rascó, Mallorca, 1951, 24 vols.
- Antología del Talmud*, traducción de David Romano, Barcelona, José Jarnés, 1953.
- Barlaam y Josafat. Redacción Bizantina Anónima* (siglos X-XI), ed. de Pedro Bádenas de la Peña ("Selección de lecturas Medievales", 40), Madrid, Siruela, 1993.
- BOGGS, Ralph S.: *Index of Spanish Folktales*, *FFCommunication*, núm. 90, Helsinki, Academia Scientiarum Fennica, 1930.
- BRAGA, Teófilo: *Contos Tradicionais do Povo Português* (1883) ("Portugal de Perto", 14), Lisboa, Dom Quixote, 1987, 2 vols.
- CAMARENA LAUCIRICA, Julio: *Cuentos Tradicionales recopilados en la Provincia de Ciudad Real*, Ciudad Real, Instituto de Estudios Manchegos (CSIC), 1984.
- CAMARENA, Julio y CHEVALIER, Maxime: *Catálogo Tipológico del Cuento Folklórico Español*, ("Biblioteca Románica Hispánica, IV, Textos, 24 y 26), Madrid, Gredos, 1995-1997, 2 vols.
- CHERTUDI, Susana: *Cuentos Folklóricos de la Argentina. Segunda Serie*, Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia de la Nación-Subsecretaría de Cultura-Dirección General de Cultura, 1964.
- CHEVALIER, Maxime: *Cuentecillos Tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1975.
- COBARRUVIAS OROZCO, Sebastián de: *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (1611), Madrid, Turner, 1977.
- CREUS, Jacint y BRUNAT, M.^a Antonia: *Cuentos Annobonenses de Guinea Ecuatorial, Malawi*, Centro Cultural Hispano-Guineano, 1992.
- ESLAVA, Antonio: *Noches de Invierno* (1609), Madrid, Saeta, 1942.
- Especulo de los Legos (*El*). Texto Inédito del Siglo XV, ed. de José M.^a Mohedano, Madrid, CSIC-Instituto "Miguel de Cervantes", 1951.

- FEYJOO, Benito Geronymo: *Theatro Critico Universal o Discursos varios en todo genero materias, para desengaño de errores comunes*, Madrid, Imp. Hierro, 1752, tomo II.
- FEIJOO: *Mitos y Leyendas en las Villas*, Las Villas, Consejo Nacional de Universidades, 1965.
- FUENTE DEL PILAR, José J. (ed., coord. y dir.): *Cuentos Cosacos*, Madrid, Miraguano, 1985.
- GARCIA SURRELLES, Carmen: *Era Posivé... Cuentos Gaditanos*, Cádiz, Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, 1992.
- GRIMM (hermanos): *Cuentos Completos*, tr. Francisco Payatols, Barcelona-Buenos Aires-Río de Janeiro-México-Montevideo, Labor, 1957.
- HANSEN, Terrence L.: *The Types of the Folktale in Cuba, Puerto Rico, The Dominican Republic, and Spanish South America*, ("Folklore Studies", 8), Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press-Cambridge University Press, 1957.
- ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, ed. de José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, Madrid, BAC, 1983, 2 vols.
- LARREA PALACIN, Arcadio de y GONZALEZ ECHEGARAY, Carlos: *Leyendas y Cuentos Bujebas de la Guinea Española*, Madrid, CSIC, Instituto de Estudios Africanos, 1955.
- LAURIAULT, Jaime: "Textos quechuas de la zona de Coracora, depto. de Ayacucho con traducción por el informante (contribución para su estudio lingüístico y folklórico)", *Tradicción*, 21 (1958), 90-153.
- LLANO DE ROZA DE AMPUDIA, Aurelio de: *Del Folklore Asturiano. Mitos, Supersticiones, Costumbres*, Madrid, 1922.
- LUNDING, Astrid: "The System of the Tales in the Folklore Collection of Copenhagen", *FFCommunications*, n.º 2, Helsinki, 1910.
- MALAXECHEVERRÍA, Ignacio: *Bestiario Medieval*, Madrid, Situela, 1989.
- MENENDEZ PIDAL, Ramón: *Antología de Cuentos de la Literatura Universal*, Barcelona-Madrid-Buenos Aires-Río de Janeiro-México-Montevideo, Labor, 1955.
- MIDDLETON HYATT, Harry M. A.: *Folklore from Adams County Illinois*, New York, Memoir of the Alma Egan Hyatt Foundation, 1965.
- MÜLLER, Max: *Mitología Egipcia*, tr. Jorge A. Sánchez, Barcelona, Edicomunicación, 1990.
- OVIDIO NASON, Publio: *Las Metamorfosis*, tr. Federico Sáinz de Robles ("Col. Austral", n.º 1326), Madrid, Espasa-Calpe, 1963.
- PEREIRO PEREZ, Xerardo: *Narracións Oraís do Concello de Pallas de Rei. Antropología, Lingua e Cultura*, Santiago de Compostela, Sotelo Blanco, 1995.
- PERES, Ramón D.: *La Leyenda y el Cuento Populares*, ("Biblioteca Hispánica"), Barcelona, Ramón Sopena, 1951.
- PINO SAAVEDRA, Yolando: *Cuentos folklóricos Chilenos. Antología*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1973.
- PIRES THOMAZ, António: *Contos Populares Alentejanos*, ed. de Mário F. Lages, ("Estudos e Documentos", 4), Lisboa, Universidades Católica Portuguesa. Centro de Estudos dos Povos e Culturas de Expressão Portuguesa, 1992.
- PROPP, Vladimir: *Las Raíces Históricas del Cuento*, tr. de José Martín Arancibia, Madrid, Fundamentos, 1974; *Edipo a la Luz del Folklore (Cuatro estudios de etnografía histórico-estructural)*, tr. del italiano C. Caro López, Madrid, Fundamentos, 1980; *Edipo a la Luz del Folklore y Otros Ensayos de Etnografía*, tr. Ricardo Sanvicente, Barcelona, Bruguera, 1983.
- PROPP, Vladimir y MELETINSKI, E.: *Morfología del Cuento. Las Transformaciones de los Cuentos Maravillosos. El Estudio Estructural y Tipología del Cuento*, Madrid, Fundamentos, 1981.
- PSEUDO-CALISTENES: *Vida y Hazaña de Alejandro de Macedonia*, tr. Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 1977.
- FUJOL, Josep M.: *Contribució a l'index de tipus de la rondalla catalana*, Barcelona, Universidad, 1982, Tesis Doctoral.
- ROBE, Stanley L.: *Mexican Tales and Legends from Los Allos*, ("Folklore Studies", 20), Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press, 1970; *Index of Mexican Folktales Including Narrative Texts from Mexico, Central America, and the Hispanic United States*, ("Folklore Studies", 26), Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press, 1972.
- SANDUBETE, Juan J.: *Cuentos de la Tradición Oral recogidos en la Provincia de Cádiz*, Cádiz, Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B., 1981.
- THOMPSON, Stith: *Motif-Index of Folk Literature. A Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Medieval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-books and Local Legends*, Copenhagen-Bloomington, Indiana University Press, 1955-1958, 6 vols; *El Cuento Folklórico*, tr. de Angelina Lemmo, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1972.
- VILEZ DE GUEVARA, Luis: *El Diabólico Cajueto* (1641), ed. de Francisco Rodríguez Marín, "Clásicos Castellanos", 38, Madrid, Ediciones de la Lectura, 1918.
- VYASA: *El Mahabharata*, Barcelona, Teorema, 1984, 2 vols.
- WERNER, Edward T. C.: *Ancient Tales & Folklore of China*, Random House U.K. (tr. María Jesús Sevillano, *Cuentos e Historias de la Antigua China*, Madrid, M. E., 1997).
- ZAPATA, Luis: *Miscelánea* (s. XVI), ("Memorial Histórico Español"), Madrid, Real Academia de la Lengua, 1859.



PEQUEÑOS RELATOS, GRANDES RECUERDOS

Andrés C. Bermejo González

LA NOCHE DE TODOS LOS SANTOS

- Queridos hermanos: el próximo jueves, día 1 de noviembre, Dios mediante, celebramos la festividad de todos los Santos. Tendremos, por la mañana, la Santa Misa y por la tarde, a eso de las cinco, el Santo Rosario. A continuación, todos juntos, iremos hacia el Camposanto para rezar por nuestros queridos difuntos.

Don Miguelón era el cura del pueblo y tenía hechuras y correas de hombre rudo castellano. A nadie le pasaba desapercibida su gran humanidad rayana en las diez arrobas. Esta circunstancia, unida a un gran vozarrón, hacía de él un ser temeroso cuando subía al púlpito a echar el sermón. A veces, se entusiasmaba tanto, que la plática se hacía eterna. El lo achacaba al extático fervor que sentía cuando explicaba las Sagradas Escrituras. Por lo demás, don Miguel era un tipo campechano y honesto. Bien sabían los pobres del lugar dónde iban a parar casi todos los palomos del campanario, las hojas de tocino, las longanizas o los lengos de las tinajas del cura. Hasta los monaguillos habían hecho uña y carne con él, a pesar de los bonetazos y coscorriones que suministraba si le bebían el vino o no se acordaban de las respuestas en latín cuando oficiaba la misa.

Guillermo y Flori eran vecinos y monagos; ah..., y también primos terceros. Al segundo le sobraba valentía y, al primero, cagaleras. Por eso, cuando don Miguelón anunció la fiesta de Todos los Santos, cada uno lo tomó según su propia personalidad. A Guillermo estuvo a punto de costarle una tiritona; en cambio, para Flori aquel aviso iba a suponer una noche de gloria y un año entero de respeto.

- Levanta, Guillermo; vamos, libral; que ya repican las campanas y se hace tarde para ir a misa; que por la noche, todos queremos ir a Madrid, pero por la mañana, nadie quiere ir. A ver si le rezas a tu abuelo, que en paz esté. Tal día como hoy, y va para cuatro años, que el hombre se fue para el otro barrio.

Maldita la gracia que le hacía al chico que le recordaran el día en el que estaba. Se había tirado toda la noche corriendo delante de fantasmás y difuntos, subiendo y bajando escaleras de caracol, con esqueletos que le amedrentaban haciendo chirriar sus huesos, riéndose a mandíbu-

la batiente. Lo más curioso del caso y del sueño era que, cuando lograba llegar hasta lo alto de la torre y doblar las campanas, toda la tropa eterna se cuadraba y le saludaba como en las películas de guerra. Menudo jaleo y desazón. Sobre todo, recordaba como si lo tuviera delante, a un esqueleto enano que no hacía más que reírse de él y tirarle de la oreja derecha hacia abajo, hasta que, sobresaltado, se despertaba. Normalmente estos sueños sólo se repetían cuando le recordaban aquello de "bendito mes, que entras con los Santos y sales con San Andrés".

El caso es que el día 1 de noviembre había llegado y el cura, a eso de las cinco de la tarde, tenía a todos los monaguillos encerrados en la sacristía para repartir el trabajo de aquella tarde y sobre todo, y lo más inquietante, de aquella noche.

- Vamos a ver: Andrés y Miguel, mi tocayo, con los cirios; uno a cada lado del Cristo de los Difuntos, abriendo la procesión. Me parece que este año es el tío Donato el cofrade encargado de llevar la cruz. Os ponéis la sotana verde y el roquete. Supongo que lo tendréis limpio como la patena y recién planchado. Ah, y a ver si vais como Dios manda, no siendo que os arree un pescozón, delante de todo el pueblo. Tú, Luis, con el hisopo; y Tomás, con el incensario y la naveta. Jacinto y Sabas, uno a mi derecha y otro a mi izquierda, agarrando la capa. El canastillo de las perras, que lo lleve Pascual, que es fuerte y tiene buenos guantes. Además, este año, gracias a Dios, hace buen tiempo y habrá muchos respuestas. Los demás, a la torre, a tocar las campanas; y cuidadito como me entere yo que os ponéis a mear desde las ventanas.

- Oiga, don Miguel, diga que eso es mentira. Lo que pasa, es que la tía Reciruelo nos tiene ojoriza a Flori y a mí porque dice que le hemos dejado bizco al gato con la escopeta de perdigones.

- Tú, cállate, granuja, que eres peor que la piel del diablo. Venga, aviar. Vais a casa a por la merienda y os quiero ver aquí en un periquete.

No tardaron mucho los perillancs en dar la vuelta. Cada uno traía lo que pudo apañar de casa. Los de la torre, aparte de unas buenas longanizas, entre otras cosas, venían bien pertrechados con tapabocas, sayaguesas y capotes para hacer frente al relente de la noche.

Con las prisas, don Miguelón no se había abrochado bien la sotana y la simetría entre botones y ojales, aquella tarde, no se cumplía. Esta irregularidad no hubiera tenido mayor trascendencia, si a la bragueta de los pantalones del cura no le hubiera ocurrido lo mismo.

— Andrés, mira; decía Miguel, mientras señalaba la atrayente rendija.

— Anda la leche, si el cura lleva pololos.

Algo oyó, y más se debió imaginar don Miguel, porque rápidamente se llevó la mano a la entrepierna y dio el culo a los chicos. Claro, que a continuación, arreó un bonetazo a cada monaguillo, con lo que finiquitó, en un santiamén, la jarana.

Aseado y recompuesto don Miguel de sus interioridades, se puso el alba encima de la sotana, besó la estola y se ciñó con vigor el cíngulo, que a duras penas circundaba la enorme barriga del clérigo. Para completar la indumentaria de día tan señalado, cogió la capa y, recordando sus tiempos de guindilla, se la echó a los hombros, dibujando en el aire una larga cambiada, al tiempo que doblaba la rodilla y hacía un amago de genuflexión al pasar, precipitadamente, por delante del sagrario.

Fuera, en el atrio, esperaba toda la gente del pueblo para iniciar la marcha. Carlos, el sacristán, se puso a la vera del cura y abrió una especie de breviario pequeño que tenía de cuando estuvo en los frailes. Los dos, por inercia; y los demás, por imitación, canturreaban latinejos ininteligibles. Y así, hasta el cementerio.

Flori, Guillermo y los demás llevaban un buen rato tocando las campanas. Para comenzar, habían dado los tres toques, sólo con la de Tan; luego doblaron con la de Tin y la de Tan tres veces seguidas; y a continuación, y ya para toda la noche, el espacioso y lúgubre: tinnnn..., tannnn...; tinnnn..., tannnn...; tinnnn..., tannnn...

Los serenos; con capote, mosquetón y lanza, terminaban de dar la ronda de las once. Arriba, estrellas y cuarto creciente. En la torre, comenzaba a sentirse el frío y el aburrimiento cuando un ruido extraño les devolvió a la noche de Todos los Santos.

— Tinnnn..., tannnn...

— Tinnnn..., tannnn...

— Tinnnn..., tooooo..., tannnn...

— Toooo..., tinnnn..., tooooo..., tannnn...

— ¿Has oído eso?, dijo uno de los del campanario.

— Deja de decir bobadas, barboteó otro que no las tenía todas consigo.

— Habrá sido algún tordo o algún pardal que se ha espantao con el ruido de las campanas, sentenció Flori, sin darle la más mínima importancia.

Guillermo andaba ya el hombre un poco azaroso y por si acaso, se fue hasta la escalera de caracol, con más miedo que vergüenza, tratando de adivinar de dónde procedía aquel persistente revoloteo. No hizo más que dar dos pasos hacia abajo, cuando se puso a gritar como un desaforado.

— ¡Que me ataraza!, corre, Flori; ¡ayúdame!

Más que gritos, lo que emitía el chico eran verdaderos alaridos de terror. Daba manotazos a diestro y siniestro, y no conseguía quitarse aquella especie de monstruo de encima.

Al oír los lamentos de Guillermo, Flori corrió raudo en ayuda del Monicaco.

— A ver qué pasa, hombre.

Sacando pecho, envalentonado, comenzó a bajar la escalera. Cuando iba por el cuarto peldaño, el revoloteo se hizo ensordecedor y dos garras firmes y potentes se clavaron en su cuero cabelludo. El chico era recio y templado. De un manotazo se lo quitó de encima y soltó una cargada de caudillo vencedor. Agarró a Guillermo por el cogote, haciéndole bajar la cabeza hasta casi metérsela entre las rodillas.

— Mira, alelao; ven acá. Que no es un difunto ni el Tío del Saco. ¿Sabes lo que es? La lechuza que nos salió el otro día cuando subimos a tocar a muerto por el tío Cantares.

— ¡Buf, macho! Menudo susto me ha pegao. Casi me cago por la pata abajo.

Fue tal el mamporro suministrado por Flori a la lechuza, que el pobre animal yacía en el rellano de la escalera con los ojos semiabiertos, descajados y vidriosos.

— Toma, Monicaco. Si quieres, te la llevas para casa como recuerdo.

— Sí, hombre; y un jamón con chorreras. Con el miedo que le dan a mi madre estos bichos. Cada vez que ve uno reza una jaculatoria porque dice que barruntan la muerte, lo mismo que las mosconas cojoneras. Además, sabes lo que te digo, que Monicaco lo serás tú.

— Bueno, hombre; no te enfurruñes. Sólo quería gastarte una broma. Ven, asómate por este lado; y vosotros también.

Desde la ventana que daba al norte, los monaguillos observaban el Camposanto. Entre faroles y velas, en una penumbra cada vez más espesa, don Miguel deambulaba de una a otra sepultura rezando responsos, hisopando y echando bendiciones. Cada vez soplabla el viento con más fuerza y el cielo estaba raso y sereno. El lucero Apeayeguas hacía rato que se divisaba por un agujero que daba al poniente.

- Tinnnn..., tannnn...

- Tinnnn..., tannnn...

- Tinnnn..., tooooooc..., tannnn...

- Tinnnn..., tooooooc..., tannnn..., tooooooc...

La noche era de difuntos y el silencio de muertos de miedo. Ahora no sólo era Guillermo el que había oído aquel bronco sonido que parecía venir del más allá. Ni uno de los monaguillos hizo el más leve comentario. Como pollos alrededor de la gallina clueca, se fueron arremolinando en la esquina, donde hacía rato Flori comía escabeche de barril con aceitunas negras.

- No empujéis, cagaos, que me tiráis la merienda. Qué pasa, otra vez con la misma monserga.

- Tinnnn..., tannnn..., tooooooc...

- Tinnnn..., tooooooc..., tooooooc..., tannnn...

- ¿Quién anda ahí? no te creas que me voy a acobardar. Sal, si tienes salero.

- Tannnn..., tooooooc..., tooooooc..., tooooooc...

Había llegado el momento de demostrar por qué le llamaban el Pincho.

- Vosotros, quietos aquí arriba, y no os mováis. Seguro que es alguna de las ánimas del purgatorio que se ha escapao del cementerio y anda queriendo subir al cielo. Decía mi abuela la Jijí, que esta noche, con tantos responsos como echan los curas, andan todas por ahí, medio alelás.

Al decir Flori el Pincho que eran las ánimas del purgatorio, les entró tal canguelo, que no podían articular palabras ni movimientos. Con las mantas y los tapabocas que tenían en las manos, se cobijaban debajo de la campana de los agostizos. Guillermo, el hombre, no pudo por menos y soltó un grito de pánico de padre y muy señor mío. Mientras tanto, el Pincho, ya iba, escaleras abajo, repartiendo mamporros, por si acaso.

Pasaron algunos eternos minutos. En silencio, la noche había dejado su relente, sus miedos y su mudez. Del grupo de los acurrucados, Manolo asomó las narices y media cara por entre la anguarina de Guillermo y la sayaguesa de su primo.

- Venga, ya podéis salir. Voy a ver si ha terminado el cura y pa casa.

- Flori, sube, que ya ha acabao don Miguel.

Pero del Pincho, ni rastro. Con más miedo que vergüenza, recogieron todos sus bártulos y comenzaron a bajar las escaleras.

Parecía que la noche de Todos los Santos había terminado cuando un intenso revoloteo volvió a surgir del interior de la torre.

- ¿Qué es eso?

- ¡Cuidado, que viene!

- ¡A lo mejor son las ánimas!

- ¡Correr, que nos pillan!

Como alma que lleva el diablo, atropelladamente, subieron otra vez al campanario. Atenazados de miedo, trastabillando, pero inmóviles, no daban crédito a sus ojos: el Pincho, entre dos hombres con alas, vestido con una especie de capote azul, volaba como si tal cosa y daba órdenes a una bandada de seres uniformados que le seguían. Al pasar por donde estaban los demás boquiabiertos monaguillos, se dirigió a ellos en un tono sereno y complaciente.

- Voy a llevar a esta gente al cielo y vuelvo en un periquete.

Tardaron bastante en reaccionar. No podían imaginar, ni por soñación, a Flori el Pincho, por muy pincho que fuera, convertido por arte de ensalmo en mariposa angelical encantada. Como no dio señales de vivo ni de muerto, al cabo de un rato, bajaron de la torre y dejaron la llave en la sacristía.

Guillermo, aquella noche, no dejó de darle vueltas al asunto. No sabía si soñaba o vivía, en la noche de Todos los Santos.

A la mañana siguiente, todo como si tal cosa.

- ¡Hola, Monicaco!, dijo, con sorna, el Pincho.

- ¡Ho... hola, Flori!

- Venga, vamos a ayudar a misa, que hoy es el día de ánimas.

Guillermo no dijo nada. Tragó la saliva de la incertidumbre y obedeció.

LOS SECRETOS DEL LAVAJO GRANDE

- Santa Rita, Rita, Rita; lo que se da, no se quita.

- Oye, majo, que no te lo dí, sólo te lo presté; y si no, se lo preguntas a Jose. ¿A que no le dije que se lo daba?

— ¡No te joroba! Mira tú, este mierda. Ahora me viene con esas. Y tú, Jose, dí la verdad, anda, dí la verdad. Y no seas cacique o te rompo las muclas. Además, no me da la gana, y sanseacabó.

— Claro, tú todo lo arreglas así porque eres mayor. Ya verás cuando se lo diga a mi hermano.

— Tu hermano, tu hermano... y, ¿qué? ¿qué pasa con tu hermano!

— Nada, pero como te pille, te zurra.

En el lavajo Grande, una panda de chicos hacía pequeñas esculturas con el barro. Era la hora de la siesta y no se veía ni un alma por las calles del pueblo ni por las eras.

Lito era un manazas y no se le daba bien lo de la escultura popular. Siempre que iba a poner los cuernos a una de aquellas miniaturas, terminaba agarrándose un cabreo de los de aúpa, tirando el barro contra el suelo o dejando al toro mocho. Por eso, cada vez que alguien le decía: sosténme esto, o pon a secar lo otro, él se lo apropiaba, y a ver quién era capaz de rechistarle, con los brazos que tenía. Medes, en cambio, era otra cosa; cogía la arcilla con las manos, la acariciaba, le echaba un poco de saliva y la tenía un buen rato debajo de la corva de la pierna, antes de hacer cualquier figura. El decía que era para darle vida, lo que provocaba una risotada general y una sarta de sandeces. Después, la partía en trocitos y la distribuía ordenadamente en el suelo, según la obra a realizar.

— Jobar, macho, ¿cómo lo haces?

— Pues, haciéndolo; cómo va a ser. ¡No te fastidia!

— Oye, Medes, hazme la mancera, que ya he hecho la cama, el timón, los orejeros y la reja.

Lito era grande y "burro como un arao". Casi siempre estaba riñendo con Medes, pero pobre del que se metiera con él o le tocara un pelo, tan siquiera; ¡ya se podía preparar!

— Anda trae pa cá. Con razón dice mi madre que en vez de dedos, parece que tienes morcillas en las manos.

Sin más preámbulos, terminó de rematar el apero de su amigo y se arrodilló a la vera de la máquina de limpiar, a la sombra del caseto de la luz. Uno a uno fue dándole forma a bueyes, mulas, caballos, burros, cambizos, escobas de ajonjeras y de baleo, horcas, violdos; trillas de chinas, de rodillos y de cuchillas; colleras, orejeras, bozales, palas, sacos, yugos, haces, medias fanegas, barriles, botijos, barrilas, tornaderas, hombres con albarcas y boinas, mujeres con pañue-



los, sombreros de paja en la cabeza y manguitos en los brazos. Lo que mejor se le daba al zagal era los trilliques; los plantificaba en un momento con una gracia especial. La cara de aquellos pícaros minigañanes comunicaba afectos y piccias. Había que verlos con una pierna en escorzo, la cadera echada hacia atrás, los brazos en jarras y el tirador colgando del bolsillo trasero del pantalón. Toda una memorización de las obras de Velázquez, Goya o Murillo.

Medes seguía a su ritmo, estaba ensimismado. Cogía barro, lo sobaba contra el muslo, lo tenía un buen rato debajo de la corva de la pierna, para, según él, darle vida; lamía, pegaba, escupía, pasaba la punta de la yema de sus dedos por las juntas, una y otra vez, con tiento, con mimo, con delicadeza de creador.

— Me cagüen la leche, se acabó la siesta. Coger todos los cacharros, que ya viene Manolo, el Cagaprisas.

El que se expresaba de manera tan contundente era Lito, el más mozo. Los demás, sólo decían no te joroba, no te fastidia o me cago en tal, cuando no les oía nadie.

— Taparlos con un saco mojado, que si no se resquebrajan.

— Vale, maestro.

Lo de maestro, lo dijo Neme, otro de la panda. El chico llevaba un pantalón corto de pana con tirante cruzado y raja al culo. Aparte de tener el pelo esquilado como los burros y la cabeza llena de piteras, era el más ferviente admirador de Medes.

No tardaron mucho los de la panda el Moco en llegar a sus casas y dejar toda la cacharrería secando en el sobrado, como les indicó el "Maestro".

Lito encontró a su padre hecho un basilisco. Se había levantado de la siesta con mal cuerpo y, cuando el tío Jeromo bufaba, lo mejor era esperar a que amainara el temporal, porque, la verdad, luego no era nadie.

Casi todas las siestas de los mayores las aprovechaban los chicos para hacer sus trastadas y picias. Cuando no estaban en la morera de detrás de la torre, matando pájaros con el tirador o la escopeta, se ponían a jugar al pon, a la raya, a los petacones o a la cuarta, a la sombra del caseto. Otras veces, las menos, la echaban en el tronco hueco del negrilla centenario, donde los más mozos amedrentaban a los pequeños con aterradoras historias de Diego Veloz o el Duque de Alba.

Jose y Neme tenían las eras una con otra, detrás de la panera. Casi todas las tardes les tocaba trillar; así es que, cada vez que daban una rodada, aprovechaban para contarse sus nuevas tretas y para vigilar la pajarera del moñiguero, por si había caído algún pardal.

Aquella tarde del mes de agosto, le tiraban los pájaros a las escopetas, como decía el tío Emiliano, el Majo. Picaba el sol y los perros acezaban al fresco de la cinera. El cielo barruntaba tormenta y el aire venía de abajo. No cabía la menor duda: rondando las seis, se armaría la marimorena; o el cielo descargaría un carro de cantos, socarrona comparación muy utilizada por la gente del lugar.

- Vamos, darse prisa. Ese blanquecino con las cuerdas por alante se nos echa encima. ¡Eh, Juan!, esas nubes tienen mala pinta.

- ¡La madre que lo cagó, todavía apedrea!

Todos, en las eras, se afanaban por terminar la labor pendiente. Unos daban la última torna a la parva, acambizaban, barrían, rastreaban y levantaban el montón o la parva; otros, en cambio, tiraban frenéticamente las últimas bieldadas al aire, baleaban, amontonaban las granacias, acribaban y cubrían el muelo con sacos y costales. El tío Cagaprisas, barría el solero.

Un poco más rezagado, andaba José, el padre de Jose. Con un par de burros medio tísicos, intentaba terminar de trillar una pequeña parva que entre el chico y él habían logrado juntar, después de espigar de sol a sol, en las tieras de los que tenían más labor en el pueblo. Hacía años que la Pepa, al parir, se había quedado en el intento, dejando al padre y al hijo huérfanos de amor y leche. Isabel, la vecina y prima se-

gunda de José, hizo de nodriza y de rolla, y sacó a Jose adelante, a pesar de ser agostizo. Agustín, su marido, más bruto que la pila un pozo, decía que Isa podía dar de mamar a un regimiento entero.

Los truenos retumbaban y las centellas caían una tras otra, dejando el ciclo de un artificio pavoroso.

Al aparato eléctrico y sonoro, le siguió un viento suave y frío, y unas gotas gordas y ralas. Luego, granizo mezclado con agua, y por último, piedra y sólo piedra.

Los linderos de José se pusieron, todos a una: dieron la última torna, metieron dos pares más de bueyes con trillas, barrieron las veras con la escoba de baleo; hasta el tío Mateo, que por la mañana había tenido sus más y sus menos con José, allí estaba el hombre, con la cambiza por si hacía falta.

De repente, una exhalación partió en dos el cielo cárdeno y rotundo, estrellándose brutalmente contra el caseto de la luz. Mientras, las nubes se desgarraban, soltando a cada instante su particular alarido ensordecedor. Una de ellas, la de las cuerdas medio blanquecinas, rompió y aquello fue el Apocalipsis. Todos dejaron la faena y cada uno buscó refugio donde pudo. En la huida, un marro, por poco agavilla a Medes.

- ¡Corre, métete aquí, hijo!

- ¡Padre, los bueyes se escapan con la trilla!

- ¡Virgen Santísima!, decía Bartolo. ¡Qué va a ser de nosotros!

- ¡Lito, resguárdate debajo la tená!

Los burros comenzaron a dar tainas, se despojaron del aparejo y huyeron de aquel infierno como alma que lleva el diablo.

Las eras quedaron desiertas de chicos, mayores y bestias. Una espesa cortina de agua y piedras como hucvos de perdiz arrasó, en un decir Jesús, la mayor parte del término.

- ¡Esta es peor que la de San Bernardino!

- ¡Y que lo digas!

- ¡Virgen Santísima del Carmelo Teresiano, apiádate de nosotros!, volvió a balbucear Bartolo.

- ¡Y los majuelos, tres años sin dar!

- ¡A ver, seguro que corta hasta las vides!

Dentro de las casas, se rociaban las paredes con agua bendita, se encendían velas y se pedía a Santa Bárbara que aquello terminara lo antes posible. Fuera, el tío Canitas tiraba bombas pa-

ra deshacer la tormenta y que no cayera más piedra.

Con tantas prisas y angustias, nadie se dio cuenta de lo que sucedía en la era de José, el padre de Jose. Sólo Lito miraba y no miraba. Con los ojos como platos, la boca entreabierta y todo su cuerpo en un inquietante balanceo, más parecía un espantapájaros en medio de un vendaval que el chico que armaba casi todas las picias del pueblo. Medes, por casualidad, vio a su amigo en aquella ridícula postura y no pudo por menos de dar un codazo a Jose, que ni te cuento.

— Oye tú, mira que cara de bobo se le ha quedado a Lito.

— ¡No te joroba, pues es verdad!

— Zúmbale un pisotón, a ver si recobra el sentido.

— Sí hombre, dáselo tú, no vaya a ser que se cabree y me descoyunte los huesos de todo el cuerpo.

Ni corto ni perezoso, Jose le arreó una especie de coz a Lito que le sacó de la tontuna. Claro, que no del todo, porque, aun semiinconsciente, seguía babeando y señalaba, con estupor, en dirección a las eras.

— ¡Mi... mi... mirar, co... co... coño, miii... miii... mirar!

El chico no hablaba, gritaba como un energúmeno. Todos los que estaban debajo de la tenada giraron bruscamente la cabeza hacia donde indicaba el fornido brazo del chaval.

— ¿Qué pasa allí?

— Oye Jose, ¿no es ésa tu era?

— Yo diría que sí.

— Pero, ¡si están trillando!

— ¡La leche!, si hay lo menos diez pares.

— Y esa gente, ¿quién es?

— ¡Y yo qué sé!

— Aquel buey jardo y aquel salino no son del pueblo.

— Ya, ¿y de dónde son?

Seguía relampagueando y lloviendo a mares. Nadie se explicaba lo que estaba sucediendo delante de sus propios ojos. Aquellos animales estaban a punto de terminar de trillar la parva de José sin que el pan se arrollara. El tío Cagaprisas intentó saltar la crecida que bajaba por la calle, pero no pudo. Uno tras otro, todos, lo fueron intentando, pero nada. Hablaban entre sí, querían acercarse a la era de José, para ver qué pasaba, pero era inútil; algo anormal se lo impedía.

En esos momentos de confusión, un rayo cruzó vertiginosamente el cielo y atravesando la nieblina que cubría las eras, como el más experto de los cirujanos, arrancó de cuajo los morros de uno de los bueyes que estaba terminando de acambizar, pero el animal siguió haciendo la labor como si tal cosa.

Las mujeres de la tenada se santiguaban; los hombres se rascaban la cabeza, metiendo la mano por debajo de la boina y tirando de ella hacia adelante sin saber qué hacer; mientras que los chicos se restregaban los ojos ante aquella situación tan extraña y absurda. Sólo Medes sabía de qué iba el asunto.

Poco a poco, fue amainando el temporal y la persistente y anormal nieblina se fue disipando al tiempo que dejaba entrever lo que todos esperaban, pero que nadie podía creer, ni por soñación: la parva de José estaba trillada y amontonada como si la tormenta nunca hubiera existido.

— Pero, ¿dónde están los bueyes?

— Eso, ¿dónde están los bueyes? Había por lo menos seis parvas, apostilló Juan, el del tío Chorizo.

— Sí hombre, eso lo dirás tú.

— ¡Y una leche!, por lo menos había diez, y me quedo corto.

Abandonaron la tenada y se dirigieron hacia el lugar de los hechos.

— ¡Chico, si no lo veo, no lo creo!

— ¡Toma, ni yo!

— ¡Oye, Juan, mira, aquí hay sangre!, a lo mejor es del buey al que le cortó los morros la chispa.

— ¡Sí hombre, no te amuela!; y el buey, ¿dónde está? ¡Listo, que eres un listo! ¡A ver si ahora vamos a creer en supercherías!

— Ya, si estás en lo cierto; pero a mí me sigue sin entrar en la cabeza cómo puede estar la parva trillada, amontonada y hasta barrido el soleo, si antes de empezar el nublar, andábamos por la segunda torna.

El último en intervenir era Emiliano el Majo. Daba vueltas por la era en compañía de Juan y de la gente más remolona, entre la que se encontraban Juliana y Jesusa, dos solteronas melgas. Bisbiseando exclamaciones religiosas y haciendo medias señales de la cruz, iban hasta el montón de trigo, reculaban y vuelta a empezar. Cuando se cansaron de inspeccionar, una de ellas sacó un moquero del puño de la blusa, se agachó y cogió una embuerza como reliquia de aquella mies

misteriosa. Poco después, sólo quedaron en la era José, su hijo José, Juan y Emiliano. Medes y los demás chicos habían huído de allí, al ver que llegaban las dos mellizas. El tío Cagaprisas, en cuanto dejó de llover, se fue a ver si se habían dado goteras debajo de la claraboya.

No conforme con lo visto, Emiliano el Majo se despidió de Juan sin decirle ni media palabra. Había observado, al lado del camino, unas gotas de sangre. Ni cortu ni perezoso, volvió otra vez a las eras, dispuesto a seguir aquel enigmático rastro. Pasó por la calle Larga, atravesó la calleja y llegó hasta las traseras del corral de Medes. Allí se terminaba el reguero. Llamó a la puerta y salió el chico, disimulando una leve sonrisa.

- ¿Qué pasa, tío Emiliano?
- Abre el corral.
- El buey que busca no está aquí.
- Tú abre y ya veremos luego.



Medes, sin rechistar, obedeció. El tío Emiliano buscó y rebuscó por todos los rincones, pero nada. Miraba en las tenadas, en el gallinero, en los pesebrones, en las cuadras; hasta en el comedero de los burros. Comenzaba a ponerse muy nervioso y al chico le dio lástima.

- ¡Oiga, venga pa cá! Le voy a enseñar una cosa, pero tiene que jurarme que no se lo va a decir a nadie.

- Vale chico, te lo juro.

- Tiene que cruzar los dedos de señalar, un encima de otro, y besarlos; si no, no vale.

A regañadientes, después de echar algun que otra maldición, lo hizo.

- Venga conmigo al sobrao.

Emiliano el Majo, que generalmente era un tío bastante templado, se quedó de piedra. Al lado de la lucera, entre otras muchas figuras de barro, había un buey al que le faltaban los morros. Debajo del animal, todavía se notaban mezcladas con el polvo, unas pequeñas gotas de sangre.

En las vendimias del año siguiente, a Medes le pilló una cuba y lo reventó. La culpa la tuvo el mozo de año: no puso bien el polino y la cuba se fue contra la pared, donde estaba el chico.

El señor Emiliano, ahora el alcalde del pueblo, entendió que una vez que el chico estaba muerto ya no tenía que cumplir ningún juramento, pero por respeto, no dijo nada a sus convvecinos. Se limitó a poner en la Plaza Mayor una escultura con un niño en el lavajo Grande, haciendo la figura de un buey con los morros cortados a círcene. Lito, el que armaba casi todas las picias del pueblo y era más bruto que la pila un pozo y "más burro que un arao", cuando pasaba cerca de la escultura de Medes, le guiñaba un ojo. Lito decía que su amigo siempre le sonreía y le respondía con otra mueca.

CALIXTO Y EL BASTARDO

Calixto era un niño endeble y poco juguetón, más bien bajo, con el culo de alambre y, normalmente, llegado el invierno, tenía moquillo como los galgos. A pesar de su enanez y pocas hijas era un chico despierto; por lo menos eso decía D. Santiago, el maestro. Tenía también Calixto una especie de huevo detrás de la sesera y que unos, por mor del remodo, decían que el Esmirriao llevaba la merienda en la trasera como los caracoles llevan la casa a cuestras. Otros, en cambio, lo achacaban a la agudeza que día a día demostraba con sus predicciones y sentencias. La verdad sólo la sabía la tía Jacinta, la partera. Cuando eran mozos, el padre de Calixto le llegó a poner el ramo en la ventana y luego le negó el último requiebro; así es que el día que le tocó asistir a la tía Juana en el trance, apretó con mala leche hacia atrás y le dejó la cabeza como una calabaza vinatera.

Lo cierto y ello es que el Alguacil -le llamaban también así por lo pequeño de su cuerpo y lo alaelao de su ánimo- era popular, docto, vulgar, querido, odiado, vilipendiado, respetado, ensal-

zado, pisoteado, repudiado, agasajado, zaherido, alabado; tan pronto le ponían en las andas como en la picota.

Después del insulso período de su niñez, ahora Calixto, reposado y sereno, estaba sentado en una esquina del escaño al amor del humero y observaba cómo se iba la lumbre. Con un gesto casi maternal, cogía el badil lleno de ceniza y lo desparramaba por encima de la garrobaza para evitar que la cepa y el manojito se consumieran. Luego, con las tenazas, atizó el puchero.

— Madre, voy machacando el ajo para hacer el relleno; que se me hace tarde y luego el criaio me riñe.

Desde la solana, la tía Juana estaba llenando el barril del vino y voceó:

— Anda, prepara las alforjas y el tapabocas, que se está levantando aire y no quita que cuando caiga el sol se levante nublao. Añade el cocido y ten cuidado al escarbar, no lo llenes de morceñas.

El chico había pedido permiso al maestro para ir a llevar la reveza antes que tocaran a mediodía, que aunque en casa no había necesidad, el ama quería que sus hijos aprendieran bien los oficios, por aquello de que lo que se aprende con babas, no se olvida con canas.

La señora Juana retiró las sopas de pan de la lumbre y en la misma cazuela echó el cocido encima; luego, le puso la tapadera y la metió en un seno de las alforjas. En el otro, el barril del vino y la barrila del agua; con unas lías, entre medias, para no hacer cacharros.

El tío Cantares, el vecino, ayudó a Juana y al chico a enganchar los bueyes. Después, echaron las alforjas al pescuezo del Salino, que era un buey muy manso, y caminito en marcha.

Calixto llegó al caño, dio de beber al Gitano y al Salino, llenó la barrila de agua fresca y comenzó su cansina marcha por la cuesta del cementerio y el camino de Fuentelapeña. Pasó por el pinar del tío Villarino y le entraron ganas de subir a coger un nido de pega —seguro que ya tenían huevos—, pero estaba azaroso, y el mozo de año, desde la ladera del Flores, le había echado el ojo, y si se paraba podía ganarse una buena regañina. También le entraron ganas de tirar los pantalones, pero tampoco lo hizo.

A medida que se acercaba a la ajonjera del camino de la Romera, la inquietud del chico iba en aumento. Tenía ganas de llegar, pero también miedo. Unos pasos más y..., allí estaba, enroscado, como siempre. En cuanto el bastardo vio a Calixto se desenroscó, se puso de ciporro y co-

menzó a emitir sus insinuantes silbidos. Al Esmirriao se le pusieron los ojos como platos y trató de memorizar los mensajes que el animal le estaba transmitiendo. Fueron solamente un par de minutos de zozobra y ansiedad, como siempre, pero impresionantes, vividos con una intensidad que dejaban al chico sin resuello.

Cuando llegó a la tierra con la reveza, cambió los bueyes por los que llevaba de refresco, saludó al criaio y dio la vuelta. Al pasar por la ajonjera, del bastardo, ni rastro. En el pinar del Villarino, Jacinto, el Abuelo, gateaba por el pino más alto para coger un nido de paloma.

Hacía rato que el sol había dado sus últimos guiños. Los arrecájeles seguían dando vueltas alrededor de la torre, chillando como condenados. En el corro de la plaza, mozos, viejos y niños escuchaban boquiabiertos las profecías del Esmirriao.

— “Al tío José, mañana, le va a tirar la burra”.

— “A la tía Pepa le va a salir una verruga debajo de la oreja derecha”.

— “A Celes le va a picar una avispa en el culo”.

La mayoría de las veces eran cosas chocantes y graciosas; zarandajas. Lo malo era cuando el Alguacil se ponía serio, carraspeaba y torcía el hocico como los caballos cuando relinchan. Rápidamente se hacía un silencio de Viernes Santo en Castilla y todo el auditorio encogía un poco el corazón, por si le tocaba algo en el reparto.

— “La marrana del tío Punto va a parir doce marranos, pero todos muertos”.

— “Marcelino, cuando vaya a buscar agua al caño, se va a caer por el puente y va a dejar los cántaros y los dicentes hechos añicos”.

— “A Tomasa, la de la tía Soledad, le va a dar un patatús y...”

— Y... ¿qué?, ¡vamos, leche!, ¿qué le va a pasar a mi tía?

— Por ahora se le quedará la boca torcida, pero... estas cosas nunca se sabe; dijo Calixto como restando importancia a la gravedad del asunto.

Cada día la parroquia iba aumentando y casi todo el pueblo asistía, como si se tratara de un ritual, a escuchar las profecías del niño adivino. Quien más, quien menos se preguntaba de dónde sacaba tanta sabiduría cuerpo tan pequeño y morriñoso.

Era tal la expectación que el señor alcalde mandó echar un pregón al alguacil para que los vecinos esluvieran sobreaviso.

Calixto se hizo famoso en toda la Armuña y repartía sentencias a diestro y siniestro. Si no tenía que ir a llevar la revesa por la tarde, se acercaba, sin que nadie le echara en falta, hasta la ajonjera del camino de la Romera para ver qué le contaba el bastardo. Si había que ir con los bueyes o a llevar la comida a otro sitio del término, a la vuelta se desviaba y pasaba por allí, escuchaba los silbidos, asentía y por la noche lo contaba en el corro de la plaza.

Con tantas apreturas y atosigamientos, Calixto fue menguando en carnes, de manera que la gente del pueblo temía que un mal aire diera con él en el camposanto.

Tal era el acierto en sus profecías, que hicieron de él una leyenda viva.

- Calixto ha dicho que se van a helar los majuelos.

- Calixto ha dicho que la tía Escuchina se va a romper una pierna.

- Calixto ha dicho que el divieso del pescuezo de Facundo se le va a poner como un huevo de avutarda.

- Calixto ha dicho...

Don José el Cubano y Afrodísio el Leído, los sabihondos del pueblo, llamaban ocurrencias a los certeros acertijos del chaval. La gente les daba de lado y sólo Adelaida, la Boba, reía babosamente sus dichos.

Lo que comenzó como un encuentro fortuito se había convertido en algo transcendental para la vida de Calixto. Ahora ya no había ninguna duda, él era el personaje importante y, como decía don Santiago, el hombre del mañana de Parada, de la Armuña y de Salamanca. Todo lo sabía, era prácticamente un semidiós. Aun así, la cita diaria con la serpiente le producía una mutación increíble: se le enervaban los pelos, la voz se le volvía profunda, sugestiva y cadenciosa; hasta la protuberancia de la cogotera se le abultaba de forma espectacular.

Llegada la primavera, un día de luna llena, Calixto no acudió a la cita diaria. El portador de los oráculos se retrasaba y la gente comenzó a impacientarse.

- Anda chico, vete en ca la tía Juana a ver qué pasa con Calixto -ya nadie le llamaba el Esmirriao ni el Alguacil, por respeto- y si anda un poco achuchao, que no venga; que nos vamos y Santas Pascuas.

Paulino, que así se llamaba el del mandao, iba que perdía el culo por la calleja. En un abrir y cerrar de ojos, estuvo de vuelta.

- Que me ha dicho la tía Juana, que ella creía que estaba aquí. También dijo que últimamente parece que anda como alclao.

- Anda, échate otra carrera y vete a ver en ca su tía.

Sin rechistar, Paulino salió zumbando y en un santiamén estaba acezando otra vez en el corro.

- Que nada, que no aparece. Me ha dicho su tía que a lo mejor anda cerca del Monte Rubiales; que ayer le oyó decir algo de un bastardo que era amigo suyo.

Hubo un ronroneo en el corro seguido de una explosión de disgusto reprimido.

- ¡La madre que lo parió...!

- ¡No se le habrá ocurrido ir hasta allí a estas horas!

- ¡Diablo de chico, la leche que le dieron!

- ¡Vamos, coño, dejar de rezongar y mover las patas; que el chico está en peligro!

Rápidamente se corrió la voz y cada uno echó mano de lo que pudo, por si acaso. Todos se pusieron en camino hacia el monte. No llevaban farol alguno, la luna llena se bastaba y se sobraba para alumbrar la búsqueda; tampoco hacía falta. Los que iban en la formación conocían palmo a palmo los caminos, las lindes y las gavias.

A contraluz, pasado el camino Hondo, cuatro cardos borriqueros simulaban gigantes quijectives. En la ladera, las cepas del majuelo de Paco, con sus mochos tentáculos verdes, danzaban el baile macabro de los aires gallegos. El tío Cantares y la tía Juana cerraban la comitiva. Cuchicheaban, echaban la culpa a no se sabe quién, gimoteaban haciendo visajes inusuales; suplicaban, rezaban jaculatorias a Dios y a la Virgen, y los más, pedían que el patrón del pueblo, San Quirico, les amparara.

Jandro, el de la tía Paulina, fue el primero en llegar a la ajonjera.

- ¡Aquí está, venir pa cá!, voceó.

-- ¿Cómo está?

- ¿Está dormido?

- ¿Le ha pasado algo al chico?

Por respuesta, el silencio. Jandro se había quedado sin respiración. Alrededor del cuerpo de Calixto, enroscado desde los pies a la cabeza, como si de una maroma se tratara se encontraba un bastardo enorme.

En un abrir y cerrar de ojos llegaron los demás a la linde de la tierra. El bastardo, como una centella, se desenroscó y con un silbido es-

pectacular, puesto de cipro, hacía frente al corro desafiante de los hombres y mujeres del pueblo. Claro que no le dio tiempo a más, porque el tío Cantares al ver al chico al lado del bastardo, tumbado, inmóvil, alzó la cachaba y con un movimiento rápido y vigoroso la lanzó contra el animal y lo dejó seco en el acto.

Entre lloros y suspiros cogieron a Calixto y ceremoniosamente lo llevaron al pueblo. Ya no respiraba.

Paulino era un poco miedica y se había quedado detrás de una encina observando la escena.

Cuando todos se fueron, se acercó lentamente a la ajonjera. Todavía el bastardo daba sus últimos estertores por lo que tardó un rato en arrojarse. Con un palo que llevaba de fresno, lo puso panza arriba y pegó un brinco hacia atrás, todo asustado. El bastardo tenía algo escrito en la barriga. Como era luna llena pudo leerlo perfectamente. Decía así: Calixto, ésta es mi última profecía, el día de San Isidro te irás con él.

A Paulino le temblaban las piernas cuando entró por la trasera de casa y se acostó. Era inteligente y lo comprendió todo, pero no dijo nada; Calixto era su amigo.



Sobre mitología vasca: comparación y repetición

Lorenzo Martínez Angel

En su obra *Mitología del Pueblo Vasco* el gran investigador D. José Miguel de Barandiarán escribió:

«Hay mitos y creencias que apenas tienen hoy vigencia más allá de los límites de la comarca donde los hemos conocido. Los hay también que abarcan toda Vasconia o que se extienden por toda la región Pirrenaica. No es raro recoger aquí leyendas que son populares en Galicia, en Castilla y en toda la extensión de la antigua Aquitania. Y en recopilaciones de mitos de diversos pueblos ibéricos, gálicos, latinos, germánicos y nórdicos hallaremos noticias que nos recuerden no pocas de nuestras leyendas o relatos populares» (1).

Son acertadas estas apreciaciones del P. Barandiarán. Lamentablemente, el aporte ingente de materiales sobre leyendas y mitos que éste proporciona parece no ser usado en obras de similar temática realizadas sobre zonas como León. Esto es, sin duda, una pérdida de oportunidades en cuanto al estudio de este tipo de materiales (2). Por eso, realizaremos en este trabajo una comparación que creemos necesaria para intentar contextualizar la cultura oral.

Comenzaremos por los cultos ílticos. En otra ocasión ya nos ocupamos de resaltar cómo la tradición de arrojar una piedra en la cruz de Foncebadón no es la única práctica religiosa precristiana relacionada con el Camino de Santiago, pues también en Asturias sucede algo así, llevando los peregrinos piedras a Santiago de un lugar que recibió el nombre de San Pedro de Cedemonio (3). Los testimonios de León y Asturias muestran cómo se cristianizaron los cultos. Pues bien, en el área vasca sucede algo así, dando el P. Barandiarán informaciones de gran interés:

«Es sin duda uno de los ritos del culto a Mari o a otros númenes subterráneos la costumbre que hasta hace poco ha sido observada en Ataún y en algunos pueblos de Navarra, de echar piedras en las cavernas [...]. En Aralar los pastores practicaban esto mismo, echando piedras en los dólmenes de *Obioneta* y *Ziñekp-gurutze*, operación que era considerada como una oración. En la planicie de *Gaztelueta*, situada al pie del altozano *Beloki* (en la sierra de Aralar) existe un túmulo formado por piedras y tierra en el que hasta hace poco muchas personas echaban de noche piedrezuelas en plenilunio [...].

En otro tiempo los romeros que iban a los santuarios de Urkiola, de Aránzazu y de San Miguel de Aralar llevaban piedras (guijros o cantos rodados) y las colocaban en los muros de dichos templos. Es

costumbre, que los peregrinos que suben a San Miguel de los pueblos de Arruazu y Azcarate han observado hasta nuestros días» (4).

La simple lectura de este texto, y la comparación con los testimonios de León (5) y Asturias muestra claramente que estamos ante la misma tradición, incluso en el detalle de la peregrinación, aunque no a Santiago sino a santuarios vascos.

El siguiente tema que vamos a tratar es el de la leyenda de los tesoros enterrados en una piel de toro, que serán descubiertos por la pata de una oveja, por una reja, etc. (6). En León son abundantísimos los lugares en los que aparece la misma leyenda, con las lógicas variantes. Escribe el P. Martino al respecto:

«La leyenda del tesoro escondido bajo tierra sale al paso en todas partes. Diríamos que se da como una proporción inversa: tanto se oculta el tesoro, tanto se muestra la leyenda. Sobre todo suele acompañar a los castillos pero también frecuente fuentes, cuevas, puentes, ermitas. O flota sobre una zona más o menos determinada, un extremo apenas divulgado que nos interesa destacar» (7).

A continuación recoge el P. Martino las variantes que ha encontrado de este tema en diversas localidades de León (8).

Visto esto, volvemos al P. Barandiarán y lo que recopiló sobre el tema en la zona vasca:

«La Tierra contiene tesoros, según creencia muy extendida. Se señalan montañas y cuevas en las que están guardados pellejos de buey llenos de oro; pero las coordenadas del lugar exacto donde se hallan tales depósitos no se precisan generalmente. ¿Cuántas veces los campesinos excavaron inútilmente en *Urrezuloko-armura* de Ataún [...]?

Es fama que un tesoro —campana de oro, devanadera de oro, arca de oro— se halla en la sierra de Urbasa, en paraje donde diariamente pasan las ovejas. Casi a flor de tierra, la pezuña de la oveja que paca encima, lo toca y lo pondrá al descubierto en cualquier momento» (9).

Los elementos fundamentales —tesoro en un pellejo de toro-buey, su descubrimiento por la pata-pezuña de una oveja— son suficientes como para darnos cuenta de que estamos ante el mismo substrato legendario. La aportación interpretativa del P. Barandiarán, como un tabú, es interesante (10), al igual que la relación de esta leyenda con estructuras prehistóricas (11).

En la zona de León existen leyendas relacionadas con los lagos, con un afán explicativo del origen de los mismos, siendo especialmente interesante la de Isoba, en la montaña:

«Un peregrino llega a Isoba pidiendo limosna y cobijo para pasar la noche en algún hogar del pueblo; pero todos los vecinos le cierran sus puertas. Todos, salvo una anciana que había tenido un hijo de soltera, y que ya se había ordenado sacerdote. Allí pasa la noche el mendigo. A la mañana siguiente, y después de desquitarse de la hospitalidad familiar, el huésped lanza una maldición sobre todo el pueblo, en castigo por su falta de caridad:

“¡Húndase Isoba, menos la casa del cura y la pecadora!”.

Acto seguido se desprendió una gran avalancha de aguas que arrasó todo el pueblo, quedando sólo a salvo únicamente la casa de la anciana y su hijo, el sacerdote» (12).

En relación con esto, cabe mencionar el lago de La Négresse, del que el P. Barandiarán recoge que se inundó un pueblo salvo una casa pobre donde recibieron hospitalidad Jesús y San Pedro (13). El paralelismo es evidente.

En este caso, los investigadores leoneses Francisco J. Rúa y Manuel E. Rubio han descubierto antecedentes literarios en el mundo romano claramente similares a estas leyendas (14).

Un tipo de leyendas que ya ha llamado nuestra atención hace tiempo es el de las huellas de pisadas. Así, en Colle (Boñar, León) se documenta la llamada “Patadica de la Mula”:

«Por el camino que va de Vozmediano á Boñar por el término de Colle hay un sitio que llaman *Patadica de la mula* por que se hallan marcadas en un banco de piedra sobre las que pasa el camino, unas cuantas pisadas que parecen de mula ó de caballo. Los naturales de los pueblos inmediatos dicen que son pisadas del caballo de Santiago cuando andaba peleando contra los moros, á cuya tradición dará cada uno el crédito que quiera» (15).

Pues bien, recoge el P. Barandiarán numerosos ejemplos similares en la zona vasca, aunque alguno plantea una similitud casi absoluta:

«En *Argutz*, término en el camino de Goizueta a Hernani, existe una marca de herradura impresa en un peñón por el caballo de Santiago» (16).

Además de la recogida de materiales, el P. Barandiarán ofrece una interpretación:

«Los santos han reemplazado a los antiguos genios y personajes míticos en los relatos que se refieren a marcas y surcos de ciertas piedras y monumentos» (17).

De ser correcta la interpretación del P. Barandiarán, que personalmente nos parece bastante razonable, encontramos en estas leyendas más datos que reflejan el euhemerismo cristianizador (18).

Otro tema que queremos comentar es la relación entre la figura del cerdo y las cuevas. Así, entre Grandoso y Colle (Boñar, León) hay una cueva, de la que se dice que un cerdo entró por el lado de Colle y salió por el de Grandoso, de lo cual se deduce la comunicación. Compárese con el siguiente texto del P. Barandiarán:

«Urde *puerco*. Un genio de figura de puerco, que vive normalmente en cuevas y pozos...» (19).

¿Es casualidad que se relacione el cerdo con la cueva en la leyenda que aducimos o hay una causa mitológica como indica el P. Barandiarán?

Dejando ya los casos de paralelismos más o menos evidentes, no nos resistimos a cuestionarnos si podría existir relación entre otro tipo de leyendas de la zona de León con la mitología vasca. Para mostrarlo gráficamente, partiremos de este texto:

«Otras veces, las leyendas encierran un carácter moralizador y maniqueo. En Villar de las Traviesas se cuenta que debajo de “peña escrita” (20) hay un “tesoro o un gas venenoso”, el que levante la piedra y lo encuentre será para él, si es un tesoro se hace rico, pero si es un gas venenoso se expande y mata a todo el pueblo. Esta leyenda también se da en Valle de Tedejo, donde en “el Corón”, en un túnel, “hay dos arcas, una de oro y otra de veneno, si abres la de oro te haces rico, pero si abres la de veneno te mueres”. En Turienzo Castañero, aún van más allá “en las Torcas hay dos arcas una de oro y la otra de azufre”...» (21).

Esta leyenda aparece también fuera de El Bierzo, como en la cueva de Colle de la que se dice que en una de sus bocas hay un arca de oro y en otra una de tña (22).

Pues bien, los autores del texto citado dan esta interpretación:

«Vemos una vez más la influencia que ha tenido sobre la cultura popular el maniqueísmo que impregna la cultura occidental y la religión católica. No es aventurado suponer que estas leyendas están influenciadas por las prédicas del clero, que habla de la inutilidad de conseguir pequeños goces que a la larga acarrearán grandes males» (23).

Fijando nuestra mirada en la mitología vasca, citaremos unos textos del P. Barandiarán que consideramos pertinentes en relación al tema, como después comentaremos:

«La morada ordinaria de *Mari* son las regiones situadas en el interior de la Tierra. Pero estas regiones comunican con la superficie terrestre por diversos conductos, que son cavernas y simas. Por eso

Mari hace sus apariciones en tales lugares con más frecuencia que en otros» (24).

«Créese, en general, que las habitaciones de *Mari* se hallan ricamente adornadas y que en ellas abundan el oro y las piedras preciosas» (25).

«...se habla de dos hijos [de *Mari*]: *Ararrabi* y *Mikelats*, aquél bueno; éste, malo» (26).

Mari es una importante divinidad de las creencias vascas de origen precristiano (27). Pues bien, si hemos visto diversas leyendas y mitos comunes entre la zona vasca y otras: ¿podríamos pensar que también las leyendas de tesoros en cuevas, con matices de dualidad, son también reflejo de las creencias relacionadas con *Mari*? Coinciden cuestiones como el tesoro en la cueva y la dualidad bueno-malo, como los hijos de *Mari* (28). Nos limitamos simplemente a formular la cuestión. Responder es mucho más difícil.

Más son los paralelismos que podríamos marcar entre los mitos y leyendas vascos y los conservados en otras zonas del Norte peninsular, como el caso de León (29). Ante esto, cabría cuestionarse si la siguiente opinión del P. Barandiarán, emitida tras indicar en el pasaje citado al principio en el habla de las similitudes, podría mantenerse:

«Esto [la similitud con las leyendas de otras zonas] no ensombrece la originalidad de la mitología vasca. No olvidemos que la originalidad, como decía F. Brunetière, no consiste precisamente en que uno extraiga algo de su propia sustancia, sino en imprimir a las cosas comunes su marca individual» (30).

Personalmente, y viendo las cosas desde fuera de la esfera vasca, consideramos que lo que hace verdaderamente original este substrato vasco no es tanto su contenido como, especialmente, su pervivencia y buen estado de conservación (31), a lo que ayudó culturalmente la preservación del euskera (32). La comparación de la cultura oral de otras zonas con la vasca suponemos que podría permitir avanzar más en el conocimiento de lo que parecen claramente ramas del mismo árbol.

NOTAS

(1) BARANDIARAN, José Miguel de: *Mitología del Pueblo Vasco*, Bilbao, 1997, p. 11.

(2) Se ha escrito: «La obra de Caro Baroja no es leída extensamente por los científicos sociales de habla inglesa, lo cual es una lástima para la mayoría de ellos» (DAVID J. GREENWOOD, "Etnicidad, identidad cultural y conflicto social: una visión general del pensamiento de Julio Caro Baroja", *Julio Caro Baroja. Premio Nacional de las Letras Españolas 1985*, Barcelona, 1989, pp. 12-33, concretamente p. 32). Lo mismo pensamos de los que se ocupan de temas de etnografía y antropología en el Norte de la Península Ibérica y no conocen la obra de José Miguel de Barandiarán.

(3) MARTINEZ ANGEL, Lorenzo: "Algunas cuestiones sobre el Camino de Santiago", *Religión y Cultura* 209 (1999), pp. 373-383, concretamente pp. 381-383.

(4) BARANDIARAN, José Miguel de: *Op. cit.*, p. 36.

(5) Sobre esta cuestión *vid. etiam* RUA ALLER, Francisco J. y RUBIO GAGO, Manuel F.: *La piedra celeste. Creencias populares leonesas*, León, 1986, pp. 55-57.

(6) Hay diversidad de detalles y matices que se pueden comprobar leyendo la bibliografía que citamos.

(7) MARTINO, Eutimio: *Mitología leonesa de origen romano*, León, 1994, p. 37.

(8) Además de las localidades que cita, hemos detectado su existencia en otras. *Vid.*, MARTINEZ ANGEL, Lorenzo: "Historia medieval de la zona entre Colle y Primajas II", *Tierras de León 89-90* (1992-1993), pp. 17-33, concretamente p. 31, donde mencionamos la existencia de la leyenda en Colle, Vozmediano y Primajas, además de realizar alguna cita que la documenta en Liegos. En otras publicaciones también se comprueba la aparición de esta leyenda en diversos lugares. Como ejemplo citaremos dos trabajos:

MAÑANES PEREZ, Tomás, y ALONSO PONGA, José Luis: "Leyendas de moros y tesoros en El Bierzo", *Revista de Folklore*, 8, (1981), pp. 9-13, concretamente p. 12: «En varios pueblos de la Ribera del Esla hemos recogido datos de la existencia en yacimientos arqueológicos de "una piel de toro o de carnero llena de monedas de oro". Así pues, vemos una evolución dentro de las leyendas, primero sería la piel del animal que sirve como recipiente para meter monedas, luego la piel del animal que es el tesoro y, por último, es el animal el que es de oro macizo».

CAMPOS, María y PUERTO, José Luis: "La fábula del tiempo, (Colección de Leyendas, Comarca de Rueda)", *Tierras de León 99* (1995), pp. 99-141, especialmente pp. 110 y 116-119.

(9) BARANDIARAN, José Miguel de: *Op. cit.*, p. 21.

(10) *Ibidem*, l. c.: «La codicia de quienes desean hacerse ricos desenterrando tales tesoros no logra sus designios. Se trata de un tabú cuya observancia es obligada por el genio de la Tierra, como ocurrió en los montes de *Irukutzeta* y de *Auzu* y en los campos de Arranzelal (Tchalar)».

Otra interpretación aparece en MAÑANES PEREZ, Tomás y ALONSO PONGA, José Luis: *Op. cit.*, p. 12: «Nosotros creemos que este tipo de leyendas tiene un origen culto, como podemos apreciar en el siguiente ejemplo: en un yacimiento de la Tierra de Campos leonesa se halla "un becerro de oro enterrado"; lo curioso del caso es que en aquella zona, al menos entre el pueblo, la palabra becerro no se usa, por eso al preguntar nosotros "¿qué es un becerro?", nos respondían "debe ser algo así como un animal", lo cual demuestra que el pueblo tiene la idea de un tesoro, pero no sabe cómo está configurado, además demuestra que la leyenda no ha podido ser inventada por el pueblo, puesto que no conoce algunos de sus elementos, sino que ha sido un fenómeno de culturización, por el cual el pueblo ha hecho suya una leyenda contada por un señor de ascendencia cultural sobre el mismo, como es el sacerdote que le habla de un "becerro de oro" de los judíos». Personalmente no nos convence de-

masiado esta interpretación: la toponimia, por ejemplo, tiene muchas veces un significado que no se comprende por el pueblo, siendo éste, en tiempos pasados, el que daba nombre a los lugares. La evolución cultural conlleva este tipo de procesos, sin necesidad de buscar explicaciones como ésta.

(11) BARANDIARAN, José Miguel de: *Op. cit.*, p. 83: «A veinte pasos del dolmen [de Arrizala] se halla enterrada una piel de toro llena de oro. El guardar tesoros es una función que se atribuye a los dólmenes».

(12) RUA ALLER, Francisco J. y RUBIO GAGO, Manuel E.: *Op. cit.*, p. 64.

(13) BARANDIARAN, José Miguel de: *Op. cit.*, p. 23.

(14) RUA ALLER, Francisco J. y RUBIO GAGO, Manuel E.: *Op. cit.*, pp. 64-65: «Ovidio, en su "Metamorfosis" VIII, versos 611-724, cuenta la historia de Júpiter y Mercurio, que disfrazados de peregrinos andaban por la Tierra. Llegan a un pueblo y son expulsados de todas las viviendas, por negárseles el cobijo. Sólo el matrimonio formado por Filenón y Baucis, les acoge. En castigo, todo el pueblo es arrasado, menos su casa que queda en una isla».

(15) ALBA, Pedro: *Historia de la montaña de Boñar*, León, 1864 (facsimil, Madrid, 1988), p. 68.

Sobre este tema ya realizamos unas reflexiones en el artículo "Sobre la Patadica de la Mula, en Colle (Boñar, León)", *Revista de Folklore*, 211 (1998), pp. 32-33.

(16) BARANDIARAN, José Miguel de: *Op. cit.*, p. 157.

(17) *Ibidem*, l. c.

En nuestro artículo de la Revista de Folklore que citamos en la nota n.º 15 ya recogemos otros ejemplos e informaciones de representaciones de herraduras, también en relación alguna con caminos, al igual que los ejemplos de Colle y Argutz.

La clave interpretativa del P. Barandiarán enriquece, sin duda, el tema. Además, en la edición que utilizamos de su *Mitología del pueblo vasco*, en la p. 210, aparece la fotografía de una de esas pisadas atribuidas a un santo (concretamente a San Juan).

(18) Sobre el euhemerismo *vid.* CARIDAD ARIAS, Joaquín: *Toponimia y mito. El origen de los nombres*, Barcelona, 1995, p. 32.

(19) BARANDIARAN, José Miguel de: *Op. cit.*, p. 57.

(20) Añádase este dato a los recogidos por mí en "Análisis de topónimos menores referentes a la escritura: indicios de epigrafía y arte", *Revista de Folklore*, 218 (1999), pp. 71-72.

(21) MAÑANES PEREZ, Tomás y ALONSO PONGA, José Luis: *Op. cit.*, p. 12.

(22) Leyenda que nos es conocida desde la niñez, gracias a la madre de quien esto escribe, Luisa Angel Rodríguez.

(23) MAÑANES PEREZ, Tomás y ALONSO PONGA, José Luis: *Op. cit.*, p. 12.

(24) BARANDIARAN, José Miguel de: *Op. cit.*, p. 28.

(25) *Ibidem*, p. 29.

(26) *Ibidem*, p. 20.

(27) Sobre esta divinidad escribió el P. Barandiarán *Mari o el genio de las montañas*, San Sebastián, 1923.

(28) En la zona vasca hay diversas cuevas cuyo nombre comienza con "Mari" (BARANDIARAN, José Miguel de: *Mitología del Pueblo Vasco*, p. 40).

Ya en otra ocasión nos preguntamos si el nombre de una cueva ubicada en la montaña de León (concretamente en Vozmediano), llamada "de la Mariquita", provendría de "Mari" (MARTINEZ ANGEL, Lorenzo: "Aproximación al estudio de la religión como factor de las migraciones altomedievales en el norte peninsular. El caso de León", *Religiosidad Popular en España. Actas del Simposium* (I), Madrid, 1997, pp. 839-851, concretamente p. 844 —donde aducimos un texto con más ejemplos de cuevas con esta característica y ya puestos en relación con Mari por otros autores—) produciéndose el fenómeno que tan bien describe Joaquín Caridad Arias (*Op. cit.*, p. 25): «El fenómeno de la atracción paronímica es, como hemos dicho, el responsable de un gran número de topónimos de "inocente" aspecto latino o romance, que en realidad ocultan nombres prerromanos».

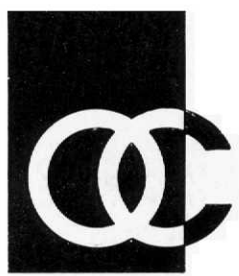
(29) Todo lo relacionado con las campanas (BARANDIARAN, José Miguel de: *Mitología del Pueblo Vasco*, pp. 306-308), con las culebras (*Ibidem*, pp. 44-45), con el uso y valor mágico de las hachas (*Ibidem*, p. 15 —de lo que dice que «Esta costumbre [...] estuvo extendida en muchos países de Europa...—), etc.

(30) BARANDIARAN, José Miguel de: *Mitología del Pueblo Vasco*, p. 11.

(31) Al menos hasta este siglo, tan nefasto para la cultura oral en líneas generales, pero que también ha proporcionado figuras como el P. Barandiarán, que tanto han trabajado para la conservación de la misma.

(32) Probablemente coincidan las condiciones y/o causas que permitieron la conservación del euskera y el substrato del que hablamos.

Si es interesante comparar lo vasco con lo de otras zonas peninsulares en lo antropológico, también lo es en otros campos, como el toponímico, donde el panorama es similar: "Al mencionar la toponimia —y la lengua— vasca o vasco-navarra hay que decir que constituye efectivamente un inestimable material de trabajo y comparativo, de gran utilidad en los estudios toponomásticos por su arcaísmo y la escasa evolución o alteración sufrida debido a su relativo aislamiento secular, pero no debemos caer en el error de pensar que la toponimia prerromana es más densa en este territorio que en el resto de la Península. [...] Lo que ocurre es que generalmente, fuera de esta región, los antiguos nombres de lugar se presentan más erosionados por acción del latín o los romances, que los han, respectivamente, castellanizado, catalanizado o galleguizado, incluso arabizado, pero en cualquier caso, siguen allí. Por cierto que, en muchas ocasiones, nos tropezamos en cualquier punto de la geografía peninsular con los más típicos nombres celtas y celtibéricos, en toda su pureza original». (CARIDAD ARIAS, Joaquín: *Op. cit.*, p. 24).



Obra Cultural de la Caja de Ahorro Popular
VALLADOLID